

Desde la otra orilla

Epistolario de Cruz Salmerón Acosta a Conchita Bruzual Serra

Alejandro Bruzual

Desde la otra orilla

Epistolario de Cruz Salmerón Acosta a Conchita Bruzual Serra

Alejandro Bruzual

Fotografías

Alfredo Allais

CRÉDITOS

Cartas cedidas para su reproducción
por Amanda Bruzual de Melich

Concepto y diseño gráfico: Ana Isabel Reyna

Corrección de textos: Mari Stella Paredes

© 2009 Alejandro Bruzual

ISBN

Depósito legal

“Las opiniones emitidas en este ensayo son responsabilidad exclusiva de su autor”

*De adioses infinitos tuvo que ser la vida del poeta.
Adioses para todas las cosas, menos para la vida misma.*

Fernando Paz Castillo

Leucò: *Demasiadas cosas recuerdas de él.
No lo hiciste cerdo ni lobo, y lo has hecho recuerdo.*

Circe: *El hombre mortal, Leucò, no tiene sino esto de
inmortal. El recuerdo que lleva y el recuerdo que deja. Así
son nombres y palabras. Delante al recuerdo hasta ellos
sonríen, resignados.*

Cesare Pavese

*Es el destino.
Algún día alguien contará nuestra historia inverosímil.*

Conchita Bruzual Serra

*A quién más, a Amanda,
de parte de la Cordera.*

*A Beatriz, como una despedida
que se encuentra en muchos silencios
de este texto.*

DESDE LA OTRA ORILLA

Hablar de Cruz María Salmerón Acosta y Conchita Bruzual Serra nos lleva a ubicarnos en una posición intermedia entre una perspectiva personal, que individualiza la experiencia familiar, y un acercamiento histórico-cultural, que tiende a valorar lo colectivo como productor de referentes importantes para la comprensión del poeta y de su relación amorosa. Por un lado, retomamos recuerdos de nuestra propia infancia y juventud, vinculados a la novia del poeta, marcados por su particular presencia y, por otro, manejamos la intuición de que este amor y esta lucha por la supervivencia funcionan como reflejos efectivos de la Venezuela del gomecismo, los miedos que despertaba, pero también la resistencia que anidaba en el pueblo como potencialidad. Por tanto, presentar y acompañar estas cartas no podía ser, para nosotros, mero producto de un acto analítico y crítico, un ensayo dictado por métodos literarios, sino un texto de hibridez emotiva y de recursos culturales eclécticos. En realidad, la escritura de este ensayo parte de la asunción de una libertad expresiva y creativa que finalmente nos permitió llevarla a cabo, luego de veinte años de haberlo intentado por primera vez.

El verdadero protagonista de este libro es la palabra que construyó esa relación amorosa y que se desarrolló, también, con sentido trágico. Palabra que traduce el amor y es, a la vez, el amor mismo. Entonces, entretejemos nuestro texto en diversos planos cronológicos, involucrando el presente de la enunciación con recursos estilísticos de la narrativa, evocaciones personales y citas de los poemas y de las cartas, además con apoyos provenientes de la escasa crítica literaria y biográfica producida sobre el poeta, y un breve

análisis de dos obras cinematográficas. Buscamos, con todo esto, resignificar la palabra con la que el poeta se dirige a su amada, mientras ella espera una barca que la lleve, desde la otra orilla, a despedirse quizás definitivamente.

Salmerón Acosta ha sido entendido como ejemplo de resistencia y de altruismo. Pero este poeta que luchaba contra su propia muerte y mantenía una posición digna ante la situación opresiva que se vivía en el país en su tiempo, representa también la pugna interna entre Eros y Tánatos. El amor como cultura y la muerte como naturaleza, la pulsión erótica como posibilidad creativa y la constatación de un fin inevitable como destino, un resurgir que no llega y la negación que se combate, que se inscribe en la enfermedad de su cuerpo. Estas dualidades y tensiones fundamentan la configuración psicológica y artística de este personaje, que surge no sólo de sus poemas sino, ahora y potentemente, de su correspondencia amorosa. Se encuentran, allí, elementos suficientes para proponer una nueva lectura crítica a su obra, desarrollada como autocomprensión trágica, pero también como sublimación y catalizador de afectos que, desde muy temprano, se propusieron como eternos.

Durante los ochenta años que han pasado desde la muerte de Salmerón Acosta, en muchos sentidos, la historia de su vida ha estado en manos de los pobladores de Manicuaire, y del mismo pueblo de Araya, expresando una devoción enorme en el cuidado de su pequeña casa, bautizando municipios y barrios con su nombre, calles, escuelas y centros culturales, eventos y conmemoraciones, sentimiento profundo de pueblo de obreros y pescadores tocados por la presencia legendaria del poeta. Sin embargo, si la vivencia dolorosa del escritor (la enfermedad y la frustración de los vínculos de pareja) constituye el

núcleo central de su obra, no se le ha prestado atención crítica alguna a todo lo que sigue a su muerte, la vida de la mujer que inspiró los poemas, la Cordera, nombre dictado por la intimidad, nombre también sacrificial y propiciatorio. Ella lo sobrevivió cincuenta años de absoluta fidelidad y entrega a su recuerdo. El acercamiento bioliterario se frenó, entonces, para los analistas de la obra cruzsalmeriana, en 1929, sin llegar a advertir el sentido que excedía a los mismos poemas, y que acompañó a Conchita Bruzual hasta su muerte, completando la trama con cabalidad simbólica y emotiva sorprendentes.

Algunas de las ediciones de la obra poética de Salmerón Acosta, desde la primera en 1952, a cargo de Dionisio López Orihuela, fueron acompañadas por una sola de las cartas del poeta a su amada, analizada por diversos comentaristas y críticos de los poemas, mientras que el resto de la correspondencia se desconocía totalmente hasta ahora. Era parte de la intimidad cerrada de su destinataria. Se ofrece aquí en edición facsimilar, creyendo en la presencia casi fetichista de la letra manuscrita, la textura y el color del papel, el doblar de las hojas, las huellas del tiempo que fueron marcando un amor en tantos sentidos apegado a las palabras y a sus soportes. Este epistolario está puesto en relación con una serie fotográfica de la Araya actual, intentando interpretar la persistencia de la imagen como constancia de la anécdota cifrada en el espacio en sí, la historia que se va a contar inscrita en su entorno. Es el sentido mismo de un conocido verso de Salmerón Acosta: “que acaso llevo en mi interior secreto/ el paisaje del suelo en que he nacido”.^a

La sempiterna novia aspiraba que estas cartas, junto a la foto de “su poeta” que siempre la acompañó, fueran sepultadas con ella al momento de su muerte. No obstante, la

^a “Desolación espiritual”.

familia Bruzual decidió guardarlas, valorando el sentido humano cifrado en este epistolario, deseando que un día se hiciera público como testimonio conmovedor de esta relación referencial que, de algún modo, pertenece a todos los venezolanos. Queremos con esto, entonces finalmente, contar lo inverosímil de este amor –como ella misma aspiraba al final de su vida–,¹ con la fascinación y el privilegio, aunque en muy escasa medida, de haberlo vivido a través de la propia Cordera.

I

Esta historia comienza en una playa. Ella espera una barca que no llega, que tarda en llegar. El mar no siempre está en calma, y la ansiedad le moja el borde de la falda. Mira inquieta, y el agua terca ahoga las huellas de sus pequeños zapatos sin tacón. Es mañana temprana, tiempo aún para la faena. La vienen a buscar en una balandra que ese día sólo zarpa para ella. Vienen a escoltarla, a darle ánimos, noticias primeras. Don Antonio, ya anciano, es dueño de un tren de pesca, y Cruz María, su hijo, se muere desde hace tanto tiempo en una casita frente al mar, a las afueras de Manicuare, pueblo de la Península de Araya.

Fui por primera vez a mediados de los ochenta a conocerla. La carretera era todavía de tierra. Recuerdo los escalones de la entrada, el pequeño jardín contrariando su entorno, el techo de tejas. Su alrededor seco y brillante. A pocos metros, el mar. Apenas se contaba su historia, y un retrato sin semejanza con ella decía ser de su novia. Ahí estaba la bañera de piedra para mitigar la comezón, agua dulce en paisaje y mar salados, dulce para compensar las tristezas. El agua que se disfraza de reflejos para engañar la realidad por un

instante, interrumpiendo y completando la vida que falta, y hasta el olor a padecimiento. Su hermana, Aguasanta, también ella, lo atiende de pura entrega y amor, dicen, mientras llega la Cordera,^b un amor diferente, con ilusiones de eternidad, como todo amor que se sepa a sí mismo.

En la orilla que espera, la niña Bruzual^c atiende el arribo de la barca que la llevará a visitar a su novio enfermo, que se muere desde un tan adentro. Un amor que muchos admiran y conocen, pues de pequeña todo se sabe en Cumaná. La novia y la muerte aguardan, y ella llegará en un barco de pesca. De los poemas de Cruz María² se desprende que fueron varios los viajes de la niña que, convertida en Cordera, aguarda en la playa, acaso escondida de su familia, temprano en las mañanas cuando puede. Las cartas dicen poco más, alguna fecha incierta, pero también se desprende de ellas que fueron varias sus visitas. “Hoy me prometes un nuevo viaje”, le dice el amado reiterando su regreso. Pero aguarda un encuentro que siempre es el último. ¿Quién llegará primero? Él desespera y se repite, para probarlo, el sufrimiento de tener que hablarle a la distancia, de reconstruirla con palabras para tenerla de algún modo, de construirse a sí mismo con esas mismas palabras que quedarán en ella cuando llegue el momento: “mucho de mí conservarás si aún vives/ porque esos versos que en tu ser escribes/ tienen algo de mi alma y de mi vida”.^d

La imagen del pañuelo blanco, que ve a lo lejos, se revela como si fuera ella misma un barco que se fuera. Son los últimos adioses que tanto se repiten. “Mis ojos suspirantes,

^b Según se aprecia en las cartas, el apelativo de “Cordera”, que ha sido referido como *senhal* amorosa definitiva, aparece sólo en la etapa central de la relación, durante la segunda década del siglo, siendo sustituido, más tarde, por otros mucho menos personales y elocuentes.

^c Concepción Bruzual Serra nació en Cumaná, el 9 de octubre de 1894, y murió en Caracas, el 10 de noviembre de 1984.

^d Poema incluido en una de las cartas y que no aparece en *Fuente de amargura*.

mirando con una mirada nostálgica y sin fin hacia la ribera de la ciudad donde habitas, divisan apenas el velamen de una nave, cuya desaparición es tan lenta y penosa que se me figura el último adiós del ala blanca de tu pañuelo”. Y, en efecto, ella llegaría por última vez una mañana a principios de febrero, en ocasión del terremoto de Cumaná, meses antes de la muerte de Cruz María.^e Cuántas veces fue a visitarlo no importa, pero sí que fueron muchos los años y mucha la espera.

La conoció en Cumaná, estudiante de bachillerato, durante la primera década del siglo. Ella, la Cordera, casi adolescente, y él juntos en un poema en el que se queja una vez más de su ausencia. Y así es en otra imagen, un amor frustrado que la deja adolescente, para no abandonar su promesa de amor inmortal. Porque ella intentará demostrarlo desde mucho antes de que fuera necesario y mientras pueda, o demostrárselo a sí misma en el tiempo venidero. “Veinte años hace ya que una doncella/ que apenas trece abriles contaría/ prometióme que siempre sería mía/ y me reí de la promesa y de ella”. De menuda parece niña, y se escapa, temprano, para visitar a su novio al otro lado del mar, un punto iluminado de la península, cuando su sentimiento todavía no ha crecido hasta su límite posible. Faltaban todavía cartas, poemas, palabras donde siempre quedaría su poeta “en prosa y en versos, prosa del corazón, versos del alma”. Pero también es un juego repetido de silencios que construye otro amor paralelo que espera y desespera. En su casa, la casa de ella, quizás prefieran no saberlo.

^e Cruz María Salmerón Acosta nació en Guarataro, Península de Araya, el 3 de enero de 1892, y murió, allí mismo, el 29 de julio de 1929.

La Cordera espera el barco mientras habla con el mar que la separa, con el aire salado, con las aves. Hablan sus ojos que también se manchan de angustias. La hija de los Bruzual, los del almacén de la esquina de la calle Sarmiento, con una audacia inapropiada para la época, pero que le serviría para ir a visitarlo, en una balandra de pescadores que viene por ella, cuando puede, a ver a Cruz María, quien tiene el mal de Lázaro o así creen. Conchita, su amada, su alteza, la Cordera que llegaba para despedirse, una vez más. Juntos construían un amor hecho de adioses, que son los que más duran. ¿No será que así se tornan desapercibidos y se quedan para siempre? Viene a renovar pactos, y él a negárselos hasta que ella los profundizara y no pudiera obviarlos más nunca. El poeta insistiría, como si con eso pudiera quedarse con ella, para que la promesa fuera cumplida en la otra muerte, y ya se lo había insinuado desde una de las primeras cartas que se conservan, cuando la enfermedad no parece todavía definitiva: “Yo me consideraría dichoso si una mujer llegase hasta sacrificarse por amarme”. Inmolación, martirio y amor, extraña advertencia tan temprana, pero todavía ella misma no lo sabe, es esa otra orilla que espera, tantos años más tarde. A su modo, fue un perseverar, un insistir. Y es eso lo que narramos, la vida de ella que cierra el círculo, el de un amor de cartas empedradas de imposibles.

Una vez a bordo, atraviesa las horas del golfo de Cariaco, casi sin cruzar palabras, sin retornar miradas, reservadas para que no se agoten. Don Antonio, “alto y duro como un acantilado”,³ habla poco porque sabe que hay poco que decir más allá de un gesto agradecido. Es lo que le va quedando al hijo por vivir. Quizás reconoce el azul de aquellos ojos, también lejanos, mientras el mar pasa y le ratifica la leyenda que ha ido sustituyendo a su hijo, el poeta. Pero el color era más bien glauco, verde-azulado, casi verde brillante, así bien lo recuerdo aunque ya era anciana. En efecto, en otro poema, sus ojos parecen

esmeraldas vivas. Lo más duro, entonces, es el destello de una frustración que confunde los sentimientos, que los degrada. “No, no era amor lo que ella me tenía;/ era tal vez piedad, lástima era,/ porque mi adulta pena comprendía/ y ella se compadece de cualquiera”.^f Misericordia que se derrama y se hace indistinta del amor, compasión que no quiere. “La tarde aquella en que creer me hiciste/ que yo amor inspiraba todavía”.^g O, simplemente, el sentirse incapaz de merecerlo. “Verla venir hacia la angustia mía,/ porque yo, que la sueño todavía,/ quiero amarla como antes, y no puedo”.^h El Quijote advertía a Sancho que huyera de la lástima que él mismo, sin darse cuenta, despierta en el lector. Sentimiento que se ancla bien adentro, de tan puro humano.

La enfermedad le esquiva el rostro como si tuviera vergüenza, y ella pueda seguir viéndolo, visitándolo, cada vez más callada. Así la recuerdo recordando a su poeta: “Jamás le vi el mal, no le tocó la cara”. Ella nunca confrontó la enfermedad, y lo repetía incluso cuarenta años más tarde, cuando nosotros éramos niños, y le preguntábamos lo que ya habíamos oído tantas veces. Quizás no era lepra, algún mal todavía sin nombre. Pero ella sabía que la muerte avanzaba, que lo destruía, que tomaba cuerpo y lo vaciaba, subiendo como una tiña ávida, le destruía la letra que tanto deseaba, amenazándolo, carcomiéndolo, vencándolo desde lo profundo oscuro. Ella se lo reclama para no aceptarlo y él le responde: “Has debido suponer que cuando yo no te escribía era porque mis manos no podían manejar la pluma o porque mi corazón no tendría fuerza para hacerlo”.

^f “Piedad”.

^g “Mi nueva pena”.

^h “Advenimiento”.

El amor nunca fue suficiente, y ella le llevará la contraria el resto de su vida. Un amor hecho de ausencias. Él no quiere saberlo, no tiene tiempo, se aferra a una esperanza. Pero la muerte es siempre entera, se lleva todo consigo, con ella no hay pactos posibles. Fausto maldito y Margarita prisionera. La poesía, sólo quizás, permanezca, es su única apuesta, escritura del que no está. Para Larrazábal Hernández,⁴ el biógrafo de Cruz Salmerón, el dolor lo hace poeta. Pero es, más bien, la historia de ese dolor lo que nos queda. Ahora es un amor de leyenda, diciendo mejor que nada ese siglo todavía, ese romanticismo que ya no existe, y existía.

En la escena que describimos, mientras ella viaja, él la imagina venir. Está arropado hasta el cuello, oloroso a perfume, como si pudiera separarse de su cuerpo por un instante, alejar su mirada de la distancia que mira, el espejo de esas manos que ya no podrán tocarla. Ella llegará, una vez más, sin correr para no aceptar el juego del tiempo, asentando el pie leve sobre la tierra dura, haciéndose sentir sin quererlo. “Ella subió caminando con los pasos muy cortos; parecía una reina”.⁵ Pasaría entre pescadores, hombres que la miran lacerados de trabajo, porque eso es Manicuaire, un pueblito donde seres se cuecen de sal y sol para seguir adelante. Araya de faenas de mar y suelo blanco y seco, pirámides relucientes como si fueran de mínimas perlas, y babas secas que son la lepra de los caminos. Pasa entre ellos, sin darse cuenta de la imagen, a ella no le importa todavía. Todo huele a sal, aire, tiempo y palabra, y la Cordera corre lenta contra la muerte, que no será todavía. Parca que aún no hablará, que no cortará la tela, pero que anida sonriente, piel adentro, en huesos conquistados. Ella también espera.

La Araya de finales de los años veinte no debió ser muy distinta a la filmada por Margot Benacerraf, a finales de los cincuenta.⁶ *Araya* es uno de los más hermosos y contradictorios homenajes que el cine haya hecho al trabajador venezolano, investido de obrero de la sal y pescador artesanal. Así la entendemos, así la recordamos, como si fuera anterior y seguramente lo era. Y mucho antes todavía, cuando en el tiempo de los conquistadores –como se dice en la película–, la sal valía castillos y asedios de piratas. “Oro blanco del mar, duro cristal del viento”. Difícil ahora olvidar esa Araya en blanco y negro, entre nubes y olas, esas imágenes que Benacerraf desprendiera de Eisenstein y Tissé, quizás también de Flaherty, haciéndolas profundas y suyas.

Difícil no recordar los destellos del sol sobre la blanca que se acumula, los niños desnudos entre gallos, perros y cochinos, la niña y la abuela ofrendando caracoles a las tumbas, las mujeres llevando múcuras de agua escasa y dulce, doblando la cabeza alzada, el pescado brillante enredando su muerte en redes y atarrayas, y la sal, la sal elevándose en hileras de cestas innumerables que finalmente la producen. La sal haciéndose montaña para deshacerse luego en historias cíclicas del trabajador de Araya. Sí, es el hacer mítico lo que pinta Benacerraf, rito convertido en explotación de sal humana. Hombres y mujeres que laboran mientras haya fuerza, noche y día, sal y pescado. Es la insistencia de una metáfora invertida. Hace 400 años “la sal que fue preciosa un día” es hoy la pobreza del seguir viviendo de sus trabajadores. Una producción sin descanso, porque para la película no hay rebeldía, no se anuncia ni se provoca, no serán ellos sus espectadores. Pero sí su ocaso, la alternativa industrial que se avecina, la modernidad de manto perezjimenista que también se acercaba a su fin, y Benacerraf la presenta sin poética posible, como su negación. ¿Qué

se destruye, entonces? ¿La posibilidad de una miseria estética? ¿La belleza plástica de la pobreza por la vulgaridad de la máquina? ¿Otro sufrimiento sin redención?

Benacerraf muestra un mundo sin alternativas. “Bajo este sol ¿Se puede pensar en escoger? De padre a hijo se es pescador o salinero, y así desde siempre”. El tono no agrega dramatismo, pero tampoco retribución. La estética no es suficiente, y quizás haya que salir, correr hacia el pasado, escribir algún poema, quizás, por contradicción también de lo que no es vida. La sal produce lo que padece, la falta de semilla y la “lucha digna, casi bíblica, contra la muerte, por la vida en medio de la sequedad”. El castillo de Araya, “la segunda fortaleza de las Indias occidentales”, informa el dramaturgo José Ignacio Cabrujas con voz de locutor, fue levantado para proteger la sal acumulada por los conquistadores, y hoy está en ruinas. Otras conquistas infames y otras ruinas dan las aguas estancadas del presente, “de las bodas del mar y del sol, nacía la sal sobre esta tierra...”

Araya nada tiene que ver con el poeta de Manicuaire, martirizado por la enfermedad. En la película se muestra al colectivo de la península, si es denuncia de abandono, no se dice de demasiado bella. La enajenación triste de Salmerón Acosta habla de su exclusión, de su caída, lentamente, de a pocos poemas, en esa seca soledad de ser el cronista de su propia muerte. Sufrimientos distintos que no se tocan, quizás por demasiado cercanos.

III

La niña Bruzual es la mayor de cuatro hermanos, y la única mujer entre ellos. Huérfanos de padre apenas niños, a principios de siglo, su madre Margarita Serra se encargaría de llevar adelante el almacén que había atendido su marido. Cuando Concepción, a quien todos llaman Conchita, conoce y se enamora de Cruz Salmerón, para

convertirse en la Cordera, la familia se opuso de inmediato. Esto se ratifica en la primera carta que se conserva, del poeta a la madre de la entonces pretendida novia. Con caligrafía sorprendente y una firma de rúbrica fina y elaborada, Cruz María acusa recibo de una respuesta inesperada a lo que se puede sospechar haya sido su declaración de amor a la jovencísima amada, cuando la madre le devuelve su propia misiva, y lo impele a una entrevista, que luego no se realiza. Hay aquí una señal de rechazo evidente, que el poeta señala con cierta ironía. Más allá de una posible oposición por la edad de la niña, seguramente pesaba la diferencia entre Cumaná y Manicuaire. El interior y el interior del interior, como una cascada de abandonos. La ciudad capital del estado Sucre y un pequeño pueblo de la península de Araya, ambos dando al mar, frente a frente. Ella, hija de familia conocida, pequeña burguesía comercial de provincia, con aspiración a un lento ascenso de esfuerzo y de estudio. Nombre de allí, de la tierra, establecido desde el siglo XVII, quizás fusión de conquistadores tardíos y quién sabe cuántas otras mezclas que la sangre no recuerda. Los apellidos de Cruz María tenían la sal y la costa como oráculo y destino, ser pescador al igual que su padre y sus seis hermanos, heredero y propietario de los trenes de pesca, de no haberse destacado por sus inclinaciones intelectuales desde muy temprano.

Entonces, la madre sabía del amor entreverado, Conchita pasando de niña a adolescente. Cruz va a la universidad en Caracas, en 1910, junto al poeta José Antonio Ramos Sucre y al escritor Dionisio López Orihuela, sus compañeros de clase. El país está cambiando y estudiar parece posible. Pero antes de irse, un compromiso se torna permanencia. Quizás los amores primeros no duren, y mientras está lejos, podría olvidarlo, pensaría su madre, podría conocer otros, habría que darle tiempo. Si supiera ella cuánto,

cuánto, tan joven, tan menuda, de ojos glaucos, con una disposición a la entrega y una delicadeza que no pasarían desapercibidas.

Apenas un par de años y vuelve enfermo. Todo se sabe en Cumaná, pero el que no debía saberlo era Bruzual, el mayor de los varones, Alejandrino, asombrosamente llamado por su apellido hasta por su propia madre. Él era el Bruzual de la familia. Ese es mi abuelo, y por muchos años no se le pudo ni nombrar a Cruz Salmerón. Es él quien lo impediría, a cualquier costa. Primero la madre se había negado a recibir al novio. Cosa de novela garcíamarqueana, crónicas anunciadas, pero así fue, personajes de su época. Y Bruzual no lo acepta, quizás por celos o por lo contagioso del mal. Ese es su rol en todo esto, su participación en lo que contamos, una tercera orilla que se desconoce. Su personaje es interponerse. Hasta dónde hubieran llegado de haberse enfrentado, tan iguales, hombres de palabra justa y honor recio, galleros y poetas.

La memoria prodigiosa de mi abuelo le permitía recordar cientos de versos, y de eso se ufanaba con su risa franca, poemas románticos que le oía recitar como si los mirara por dentro. Alguno, recuerdo, de su preferido Carlos Borges, esa travesura entre bohemia y religiosa, no obstante las manidas alabanzas políticas a Cipriano Castro y a Juan Vicente Gómez, esa síntesis tensa que inquietaba a mi abuelo, que alguna vez lo recogió de las calles de Maiquetía, ebrio y solo, para llevarlo a su pensión, donde después se arrepentiría desenfrenadamente, escribiendo poemas también apasionados. Esa fue su obra, vivir grandes pasiones contradictorias. En mi recuerdo, mi abuelo repite sus versos con una insistencia que anuncia ya su propia arteriosclerosis, su sonrisa llena de hombre de esos años, seres que ya no existen, pero que todos fuimos. “Mientras la vida pasa/ tus ojos que

son míos/ clavados en el fondo/ de mi alma siempre están/ como en las claras corrientes de los ríos/ los luceros se quedan/ y las aguas se van”.ⁱ

Aunque nunca se lo pregunté, estoy seguro de que recordaba también poemas de Cruz Salmerón, pero a nadie se los recitaría, los poemas dedicados a su hermana Conchita. No se podía enterar, entonces, no se lo permitiría su hombría tan a cabalidad radical. Hombre de arma al cinto, dispuesto a usarla con apellido propio, viajero comercial a mula o a caballo, ya en esos días de su propia adolescencia. Era la referencia de una casa sin padre. Son los años cuando la Cordera se escapa en las mañanas, cuando Bruzual no está, y quizás la madre, viuda tan temprano, lo advirtiera en silencio, sin hacer preguntas, para que pudiera ir a visitar a su novio, recorrer esa distancia hasta sus ojos.

Ya para entonces, las razones se mezclan en la propia familia. Sí, vanas aspiraciones de clase, quizás, y la muerte haciéndose la dormida, el contagio, el abandono. Cómo detener un amor que mata, cómo definirlo e interponerse entre ellos. Mi abuelo, simplemente, no hablaba de eso. Quizás, otra mañana con ella esperando el bote, a la orilla del azul y de las velas, mi abuelo viva ya en La Guaira o en Caracas, y ella viaje, entonces, contrariando el trayecto cumplido de algo que también mi abuelo comprenda hasta con un dejo de envidia. La Cordera y su poeta, una historia de amor construida alrededor de una profecía trágica que, y para que suceda, se cumple aunque no se quiera, se busca aunque se evada, la cita del otro lado de la vida.

Habría que ubicarse en aquellos tiempos cuando Juan Vicente Gómez parecía todo. Mi abuelo llevaba armas de un pueblo a otro, escondidas entre muestras comerciales.

ⁱ Cita de memoria, por no haberse encontrado la fuente.

Nunca se vanaglorió ni pidió cuentas, había que hacerlo. No sé tampoco cuántas veces fueron, porque para mí eran los cuentos de mi abuelo, que en mi infancia creía eternos, sin necesidad de hacerle preguntas que de a poco se quedaron sin memoria. Estuvo involucrado en la invasión de El Falke que llegó a Cumaná, otro barco que zarpa poco más tarde de la muerte de Cruz Salmerón. Mi abuelo tomaría un pueblo de Güiría, enlace para proseguir la invasión desde las islas del Caribe. Habiendo entregado armas a un negro que se afilaba los dientes con una lima, que también esperaba, pues toda Venezuela espera, la intentona fracasó al ser recibida a cañonazos por un ejército advertido. Gómez lo sabía todo. Pero mi abuelo no fue descubierto, y siguió conspirando toda su vida, así fuera en voz baja. Hombre de pocos amigos y pocos enemigos, pero de pasiones y odios siempre profundos.

IV

Poco conocemos de la participación política de Cruz Salmerón. Una película de principios de los años ochenta intentó darle sustancia a un personaje de ficción apelando a la frustración política de la época, haciéndolo producto y metáfora de ella, como si la lepra fuera los días del gomecismo y Cruz María, la tierra seca, la sed de todos. Una figura varada en presunciones narrativas, donde la relación de amor que tratamos aquí es apenas frivolidad, y no setenta años acumulados de fidelidad constante. Sólo interesa el poeta como personaje de ficción, como se advierte en un cartel que da inicio a la película, no obstante las excesivas referencias a la realidad biográfica, y su relectura de tantos hechos conocidos. Se lo hace subir como personaje trágico para que la enfermedad sea caída, y la muerte, desagravio. El novelista Gustavo Luis Carrera⁷ lo considera, más bien, un héroe

literario, mientras que para otros, era un héroe civil. Sin embargo, sorprende la realidad que queda, y para los pescadores de la zona, todavía hoy en día, es más bien un santo a quien se le pide y se le reza. Eso es lo que cifra la intensidad de sus vínculos con sus coterráneos y que lo eleva al sitial mítico de una santidad propiamente civil. Es personaje de Araya, como la tierra misma, como la sal, como el agua del mar. Lo político, en cambio, es lo real para la película, aunque también allí se dan algunas de sus intuiciones más interesantes. A la vesania malvada del Jefe Civil del pueblo, que asesinó a Antonio Salmerón Acosta, en 1913, como tanta otra violencia en la Venezuela de entonces, se sucede su linchamiento. Fuenteovejuna significativa en cuanto a solidaridad que se rebela, aunque cueste la prisión de muchos de los hombres del pueblo, entre ellos la de Cruz María, hermano de Antoñico, que es encerrado durante un año en Cumaná. La enfermedad avanza, y su reclusión final a las afueras de Manicuaire será paralela y estará sobrepuesta, en la película, a la de las prisiones del gomecismo, con equivalencias entre la bañera del enfermo y la tortura. Aparece allí el poeta con la cara deforme y la voz enronquecida hasta la caricatura, nada de lo que sufrió nunca Cruz María, pero a lo que se apela por la incapacidad de darle otro sentido visual al avance de la dolencia.

Pero sí pesaba el miedo a ser recluso en los leprocomios del Estado, la espiral cerrada de la ley que intenta verlo todo. Leprocomios relacionados con las cárceles del gomecismo –como lo intuye el filme–, pared de por medio, unidos por una misma violencia y torturas equivalentes. El borde de lo de adentro, que pocos saben. Es quizás el mejor momento del trayecto de lo biográfico hacia lo político. En realidad, sus últimos diez años de vida, cuando el mal lo ha confinado a su pequeña casa, en su propia tierra, la gente

del pueblo no se aleja de él, no le teme, son visitantes asiduos, admiradores cotidianos que tocan a su diálogo, su consejo, su valentía demostrada. Cruz Salmerón vivirá entre familiares, rodeado de gente amiga, en el refugio construido especialmente para él por su padre, en la carretera de El Guarataro, a las afueras de Manicuare, en la península de Araya. No hay miedo a la dictadura, no hay miedo a la enfermedad, nadie será contagiado.^j El pueblo en torno a su poeta moribundo es una imagen que va adquiriendo tono de época. El escritor y su comunidad, el escritor y su novia, el escritor y su tragedia. Es una historia que se va construyendo como un reflejo de todos, de Manicuare, de Araya, del Oriente venezolano, de la patria toda. La enfermedad bíblica, el mal de Lázaro, la del otro, el mendigo que es vencido por la muerte y la miseria, de allí la ironía doble del nombre. Pero Cruz Salmerón “inspiraba respeto y también adhesión y cariño”, como recuerda un amigo cercano.⁸ Es la misma hombría enfrentando su trauma con “temple vigoroso”, como afirma el poeta Fernando Paz Castillo: “aceptó su suerte con viril inquietud”, dándole un sentido “moral y espiritual a su obra” que “es, por lo tanto, ejemplar por lo que significa de perseverancia y de triunfo constante del hombre, criatura moral, sobre sí mismo [...], símbolo humano, y de lo humano engrandecido por el sufrimiento”.⁹ Cuán lejos estaba de los mendicantes medievales a las afueras de los pueblos, llenando caminos de peligros y aquelarres. Aquí lo que hay es rebelión y solidaridad humanas, “rebeldía ante todo lo que representase falsedad y bajeza”, dice López Orihuela.¹⁰ Si la dictadura divide, Cruz y su gente se cierran sobre su comunidad para resistir, quizás poco argumento de película, pero más veraz, más nuestro. Cuentan en su pueblo que se negó a favorecer el régimen andino.

^j A principios de siglo, en Venezuela así como en toda Latinoamérica, a diferencia de en Europa, gran cantidad de personas sufría todavía de lepra.

Un mural de Manicuaire recuerda hoy sus palabras: “Mi pluma no se prestará para escribirle a un tirano...”¹¹

En el personaje de Pedro Cálce, de la novela *Cubagua*, de Enrique Bernardo Núñez, entrevemos una figuración de Salmerón Acosta. La sequedad de Manicuaire, como la que avanza en su cuerpo, es paralela a las ruinas de Cubagua repetidas en las heridas de Cálce, quien es, en la trama novelesca de Núñez, un esclavista en el siglo XVI y, a la vez, un dueño de trenes de pesca a principios del XX. Así como Cruz Salmerón, Cálce también huye del leprocomio y de la ley: “Prefiero acabar aquí y no en un asilo. ¿Sabe usted? Es horrible estar sometido a un reglamento...”¹² Y algo del poeta resuena en esa relación entre paisaje y cuerpo, entre nación y tiempo. Su creación es también historia pequeña, local. De allí lo planteado como hecho de ficción y casualidad. Y acaso también las procesiones, la lluvia sobre la sequedad acumulada y el linchamiento de la película, así como la imagen cinematográfica de una *Cubagua* que resurge del más allá de los tiempos, estén quizás por hacerse. Benacerraf filmó la vida en Araya sin necesidad de la tragedia de Cruz ni el relato de Cálce, las dos imágenes crísticas que se cruzan ese mismo año de 1929, muerte del aquél y comienzo de la escritura de la novela. Dos olvidos, a su manera, quizás fueran mucho.

V

Cruz María Salmerón Acosta perteneció a la misma generación y fue amigo cercano del poeta cumanes José Antonio Ramos Sucre. Larrazábal Henríquez, quien ha intentado analizar la obra de Salmerón Acosta sobre un basamento biográfico, afirma que Ramos

Sucre lo entusiasmaba a escribir, apostando a su don poético. De hecho, el primer soneto que se conserva está dedicado al amigo también poeta. “Y pienso con obscuro pesimismo,/ que mi ilusión está sobre un abismo/ y cerca de otro abismo mi esperanza”.^k El crítico no explora, sin embargo, los posibles cruces entre ambos, que acaso afloran en el tenor de algunos de los poemas de Ramos Sucre, con la figura del desdichado, el enfermo o el maldito, como de pasada ya había insinuado el poeta Paz Castillo. Fueron apuestas literarias muy diversas, sus destinos desemejantes y extraños. No obstante, ambos estuvieron vinculados a la poesía, al sufrimiento y a la muerte. En el poema “El culpable”, Ramos Sucre escribe: “Mis voces de dolor se prolongaban en el valle nocturno. Un mal extraño desfiguraba mi organismo”. Y en el “Crimen de la esfinge” habla de un leproso – “de talante despejado, el cuerpo de príncipe, le conciliaban la simpatía de los hombres y el amor de las mujeres”– quien enferma al entrar en contacto con una mujer misteriosa, quizás una prostituta contagiada del mal. Según Larrazábal Henríquez, el poeta de Manicuaire negaba que se hiciera allí alusión a él, como al parecer se creyó entonces.

Ramos Sucre murió en Ginebra, apenas un año más tarde que Salmerón Acosta. Sobrellevaba otros padeceres, la depresión, la casi locura, como una lepra interna que no llega a brotar, pero que avanza eficaz, devorándose todo: la paz, el silencio, el retorno. Sangre de próceres, su apellido nace también de la tierra. Su obra se llena de monstruos y pesadillas, pero es admirada, aunque también vista como inclasificable. Diversos tiempos se mezclan en ella. Ramos Sucre tiene mucho de romántico, incluyendo también elementos modernistas, casi puede ser considerado un poeta maldito. La crítica latinoamericana lo ha

^k “Cielo y mar”.

visto como un posmodernista “fuera de lugar”, que avanza a lo interno del vanguardismo, construyendo a su manera el afuera de un afuera. Una voz incómoda que da forma a su tiempo, aunque de una manera heterodoxa y oscura.

En cambio, Cruz María, detenido en su sufrimiento y en una esperanza que no siempre es suficiente, escribirá con reconocible talento una obra anacrónica para el momento literario de entonces, más romántico que propiamente modernista, no obstante López Orihuela afirme que leyó las obras de Darío y Martí hasta aprendérselas de memoria en la cárcel.¹³ Quizás pudiera ser visto como un modernista primitivo, como piensa Larrazábal Henríquez o, quizás mejor, un poeta místico alcanzado por el dolor. Y sin embargo, nada de esto lo era a plenitud.¹⁴ La enfermedad lo aísla y lo produce. Los poemas encierran su mal, la pena, el desafío al amor. Y si bien, de alguna manera el poeta logra lo que logra porque está enfermo –como intuye el crítico-biógrafo–, la misma enfermedad le impide lo que pudo haber alcanzado. Para el crítico José Antonio Castro, en cambio, su obra es un “canto al espíritu que ha logrado traspasar las limitaciones mundanas para instalarse en su mundo desrealizado, y donde sólo permanece una angustia del poeta: el amor a la mujer que no podrá seguirlo en su camino de integración espiritual a las esencias”.¹⁵ Con algo más de la experiencia intelectual que el temprano retiro le niega, y de actualidad en sus referentes estéticos y culturales, de seguro, hubiera tomado otra dirección literaria, quizás más acorde con los aires de renovación del mismo Ramos Sucre y de su generación, intermediaria entre el modernismo y las vanguardias. Sin embargo, habría que explorar la decisión de Salmerón Acosta de aferrarse al pasado que lo abandona, fragmentándolo. El pasado como recurso de negación de lo que desde allí se avizora.

Reacción, sí, necesidad de profundizar y darle espesor de tragedia personal, y a la vez negación también del entorno social que, en la precariedad de la situación de la Araya de entonces, difícilmente podía dejar de confrontar. Su sentido es en definitiva antitético al de la película de Benacerraf. La historia literaria, que rescata toda apuesta al futuro, se resiste a incorporarlo, no sabe qué hacer con él, mientras que la presencia popular de ese breve conjunto de poemas revela una trama cifrada más allá de los escuetos límites de la escritura. El mismo López Orihuela, su amigo cercano, su primer prologuista, afirma que “Cruz María se evade muy pronto de las posibilidades de un juicio literario. Está más allá de la Estética. Por eso no lo podemos encontrar en su poesía”.¹⁶ Ahora, las cartas suman una nueva posibilidad de lectura de su obra, un nuevo encuentro con el poeta.

Si se agrega a Andrés Eloy Blanco, también cumanés y poeta, se tiene una trilogía que habla de una Venezuela rural que ansiaba hacerse moderna a fuerza de luz de mechurrio y letra impresa. Andrés Eloy es recordado todavía como poeta de una oralidad que no se calca, pero que parece, que recoge lo popular para devolverlo hecho poema. Allí tampoco habría traición. Quizás haya sido el más querido y conocido poeta de toda nuestra historia, poesía ambigua de recursos, en la que se respira una sensibilidad y un talento extraordinarios. Si bien era muchos escritores en uno, la alegría de la vida aflora en la superficie de sus poemas. Contradicción populista más que popular. Sin embargo, también en su poesía se debate la experiencia de la cárcel de Gómez y el exilio político del perezjimenismo. Andrés Eloy Blanco fue figura que dio cuerpo literario al proyecto socialdemócrata, que se impuso con el camino a la presidencia de Rómulo Gallegos, y de alguna manera lo explica, lo sustenta. Cuán opuesto a la oscuridad solitaria de Ramos Sucre, que se hunde en ella y se pierde sin exigir nada a cambio, o la tristeza iluminada de

Salmerón Acosta, que compone la crónica de su propia muerte, y la espera silenciosa como ámbito de su propia resistencia.

VI

Las pocas cartas de Cruz María a la Cordera que se conservan, como si pintaran un círculo de devoción herida, están en una secuencia que ordena las fechas por su sentido. Forman una unidad cerrada con los poemas, se resignifican mutuamente. Es todo un mismo mundo poético, todo una sola carta de amor, insuficiente, siempre insuficiente, pero es lo que queda. La intuición de un crítico, que apenas conocía una de las cartas (la de abril de 1916), apuesta a una interpretación compartida, “algunos rasgos que son propios del proceso total de la creación del poeta [...]. La desrealización del mundo, por ejemplo, que convierte a su hacer poético en una zona de esencias, y donde el amor que se expresa en los poemas toma los elementos objetivos del ser amado para llevarlos a un terreno ideal”.¹⁷ Quizás en el epistolario completo se perciba con mayor fuerza los altibajos de sus esperanzas ante los remedios que pudieran devolverle la salud, como ante nuevos encuentros con la amada, cada vez más definitivos. En algunos aspectos, en esta correspondencia hay elementos humanos más potentes que en su poesía. Más que desrealización del mundo –como afirma el crítico–, estas cartas son el afianzamiento de la distancia que crece entre los amantes y que construye los poemas en su sentido humano, substituyendo, de algún modo, la relación misma. Las cartas y los poemas son, en sí, la realidad que pudo ser, que sigue siendo. El amor puro imposible.

La Cordera guardaba las cartas en un cofrecito de madera, ya desvencijado, junto a una foto de ella misma, quizás la que pertenecía al poeta y que le fuera devuelta con sus propias cartas, hoy perdidas. Como deseo, dice el semiólogo Roland Barthes, la carta de amor necesita respuesta, pero no tiene valor táctico, sino que es “puramente *expresiva* –en rigor aduladora (pero la adulación no es aquí en absoluto interesada: no es sino la palabra de la devoción)–”.¹⁸ Respuestas las hubo, y se puede reconstruir su sentido, intuirse, imaginarse, producirse e incorporarse a las del mismo remitente, en su intención amorosa. Son cartas de amor, pero amor y tragedia en tensión constante. Respuestas que interrumpen el monólogo que nos confronta, tratando la ausencia que juega con la muerte, dibujando las palabras que la contrarían, que contienen esa pasión, que la construyen no como idealidad, sino como sustituto, y que son posibilidad de redención sólo como esperanza. Amor al amor, dice el autor francés, pero hecho a palabra seca, la que no está, la que no queda, pero que vuelve o puede volver, como ella durante esos años, desde la otra orilla.

La escritura de poemas y cartas es para Salmerón Acosta una suerte de alivio y compensación en su aislamiento del mundo, catarsis y liberación momentánea, según el crítico Armando Navarro.¹⁹ Pero la espera lo va consumiendo, las dudas se van instalando, la muerte, avanzando. Conquistarla con palabras, alabarla más allá de su propia conciencia de sí, halagarla en su feminidad profunda, era la eternidad de un amor escrito, donde el mismo Cruz María se descubriría hasta donde ella pueda, y en muchos sentidos, cobraría el sentido de la trascendencia: “todo lo triste y amable que por obra y gracia de tu amor ha florecido en mí te lo he dicho en frases sentidas y en rimas que no sé de dónde vienen...” Para él, es la construcción verbal de un abandono, la búsqueda de autocomprensión y elaboración del deseo: “que leas en mis frases cómo es de triste y desolado el estado de mi

alma cuando se encuentra ausente de la tuya”. Pero también expresa una clausura que también pasa por la palabra imaginaria y que imagina: “Y en medio de esta desolación que me angustia me invade un ansia desesperada de tenerte a mi lado y que tus manos ideales se hundan en mis cabellos y hagan volar de mi cerebro toda idea que no me haya sido inspirada por tu ser”.

En las cartas aparecen, constantemente, imágenes y referencias a la naturaleza, esa que se renueva ante los ojos del poeta, la luz del día sobre las hojas de los árboles, la noche de luna, el olor de la sal, el pasar de aves y tiempo por su propia atalaya frente al mar, mientras él se va consumiendo, secando, muriendo inmóvil. “En la fuga de toda nave que se aleja, en el vuelo de todo pájaro que pasa, mi pensamiento va hacia ti”. Va a contrariar la idea del suicidio, apenas en 1916, y se lo explica a su novia, cuando se corre la voz en Cumaná, atribuyéndole un sentido que niega el sufrimiento. Quizás era una sugerencia que el poeta no oye, porque su esperanza es más fuerte todavía, la espera de la novia como toda espera. Sin embargo, ancla su deseo en una cura que no llegará, en una mujer que ve muy de vez en cuando. El amor persiste en él, como las ganas de vivir. “Estoy aprendiendo a hacer de mi vida un sueño agradable y ya estoy como bajo la influencia de una alucinación amorosa: siempre te estoy viendo y sintiendo junto a mí. A cada instante oigo que me llamas y soy feliz creyendo que no te cansas de suspirarme y nombrarme con el pensamiento”. Es la resignación de la cual habla López Orihuela, que transformada en “un acto libre es el resplandor, la aureola de la fe”.²⁰

Más allá de las distancias que existen entre sus obras, hay breves momentos en que la escritura epistolar de Salmerón Acosta evoca la de un César Vallejo coetáneo, el de los

Heraldos negros, quizás por lo acendrado de la pesadumbre y la referencialidad crítica como metáfora de amor trágico y de su propia muerte. En una de las cartas, el poeta de Manicuaire le dice a su amada, en un raptó contemplativo: “Jueves santo! Hoy es un hermoso día de abril y la tarde ya comienza a expirar y está tan dulcemente triste que parece verdad que se ha muerto el Señor”.

La sonrisa y la aceptación de ella serían mucho más tarde, cuando ya llevaba auestas tanta espera. Entonces era temprano para hablar de eternidades, y sin embargo. Primero ella caía enferma de tifus, podía morir como tantos otros durante esos primeros años del siglo. Le tienen que cortar su largo cabello, lo que repite las viejas señales de duelo sobre las tumbas, y anticipa muchas otras despedidas, también dolorosas. Él hará referencia a esto en un poema, “La siega de tus cabellos”, y en una carta, en una complementariedad que hace de poesía y epistolario una misma herida, una misma pasión: “aquella tu cabellera que cegó el hado, como un haz de espigas tempranas, y en donde desaparecían mis manos acariciadoras...” Entonces, ella le ofrece y le pide fidelidad enamorada, un sin fin desde tan temprano, y Cruz María se lo recuerda en otra carta: “cuando tu corazón me sollozó que ni la muerte podría separarnos”. Una exageración de adolescente que se ratificará como si fuera una sombra adelante. Los términos de su propio futuro estaban ya allí planteados.

A la Cordera la tuvimos entre nosotros recitando sus poemas, recordando su promesa, como si en cada ocasión la ratificara. Y todos sabemos que ella satisfizo la fidelidad que él le pidió una de aquellas mañanas del Manicuaire visitado, provocándola con amores hechos de palabra encantada, amor que se escribe para que sea cierto, para que permanezca, aunque todo se oponga: “verte enamorada, no ya de mi persona, sino de mi

modo de adorarte”. Era el amor mismo, el fragmento que también es angustia, celos con la misma muerte, una lástima que le tendía trampas, que lo sustituía. Perderla y recobrarla en cada visita, si llegaba a tiempo, como las cartas que van quedando, los poemas que se conocen. La resurrección antes de la muerte, el alivio al que se refiere Barthes, construido de aquello que se tiene y de lo que no se tiene: “la *miseria* amorosa es indisoluble; se debe sufrir o salirse: *arreglar* es imposible (el amor no es ni dialéctico ni reformista)”.²¹ Y se entendió desde entonces como ingratitud, y él se lo advertía ya en su exigencia, pero el padecer lo construye como sujeto, y era ya muy tarde: “siento necesidad de tener una novia que sufra mi desgracia más que yo mismo. Perdona mi egoísmo. Corazón”. Y así sería, más sola, en una orilla sin barco que viniera, no más la muerte de a poco, el tiempo todo entero.

VII

Todavía se recuerdan aquellos días en Araya, cuando la sequedad trasuntaba reverencia, semanas sin agua, y la tierra cada vez más salada, más próxima al mar. Fue entonces cuando Cruz María anunció la lluvia y su muerte, una forma de llevarle la contraria, de algo tendría que servir lo que tanto le había quitado. Sólo ahora ha perdido la ilusión de sanarse, aunque todavía pregunta por los médicos. No es César Vallejo muriendo en París con aguacero, ni Ramos Sucre, en un sanatorio de la lejana Suiza, pero Cruz Salmerón mandó la lluvia que todos deseaban, “porque su pueblo moría de sol”.²² Todavía, a mediados de los años ochenta, cuando fui a conocer Manicuaire, la gente recordaba los hechos finales como si no fueran misterio, como si corroboraran la santidad de todo sufrimiento. “La marcha y su muerte primeramente conmovió tanto al pueblo que desde las

primeras casas hasta las últimas todas las personas lo lloraron y muchas mujeres fueron hasta el cementerio”, le escribió su hermana, Ana Mercedes Salmerón Acosta, a Conchita Bruzual, en la última carta que se conserva y que aquí publicamos. Otro hermano del poeta describió las circunstancias del entierro:

La noche era muy clara y recuerdo bien ese detalle porque al día siguiente amanecieron grandes nubarrones en el cielo y como a las diez de la mañana comenzó a caer un gran golpe de agua, con mucho viento. Llovió todo el día y estuvimos esperando que escampara para enterrarlo. Esa es la razón por la cual lo sepultamos como a las nueve de la noche.

El entierro salió de Guarataro como a las ocho, porque no se podía esperar más. Llegamos al cementerio y tuvimos que achicar la fosa, porque estaba llena de agua. También tuvimos que poner una lona para poder enterrar a Cruz María. Parece mentira, pero cuando lo enterramos cesó de llover y la noche volvió a ser muy clara.²³

Ahí está Salmerón Acosta en el cementerio del pueblo, que da la espalda al mar. Algunos caracoles secos habrán florecido en la lápida negra. La lluvia fue un acto más de su itinerario por la tierra, una compensación para quienes lo acompañaron tanto. La Cordera no estuvo en el entierro, vivía una distancia crecida. “No pude ir a verlo muerto. La transportación era muy dificultosa y en aquellos precisos días no había barcos, ni costaneros ni holandeses. Tuve que resignarme. Tal como había sido todo en nuestra vida”.²⁴ Ella repetía para los niños de la familia los días de la sed y del agua, del funeral que se negaba a concluir, de la fosa ahogada y de la calma súbita posterior al entierro. Para ella misma, con su sonrisa cómplice, era una ratificación de su amor, un mensaje sólo para ella.

En esa última carta que conocemos, la de Ana Mercedes a Conchita, se cuenta la muerte con una sencillez de lo habitual que enrarece el discurso sin quererlo, acercándola a la vida que deja de oponérsele, “su urna le quedó linda, muchísimas coronas”, y despliega un flujo de conciencia que dicta el dolor. Su cotidianidad se cruza con la nuestra, lectores desprevenidos, los abrazos, el chocolate Toddy que su madre intenta hacerle beber, el pañuelo que cae y calla con un suspiro para encontrarlo muerto. Segismundo cansado de ese sueño, que se posa tranquilo, “él se conocía su muerte”. Su amada, al otro lado del mar y en la lejana Caracas, leería esta carta sin consuelo, vuelta nuevamente ella, quizás sólo con el alivio de llevarse a sí misma como los dos adelante. Cómo habrá recibido estas últimas palabras, nos preguntamos, cuando la noticia era primero, cuando todos en Cumaná sabían del poeta, de su noviazgo, de la guerra compartida. La carta donde Cruz María se queda dormido, luego de limpiarse la frente con gesto acostumbrado, pensando que quizás pudiera estar llegando su Cordera, la viajera que viene a visitarlo y a darle la “caricia postrera”, la niña Bruzual hecha mujer, ya grande para casarse con otro, para no morirle con él, aunque se lo pidiera, con el borde mojado de su falda, intentando no llorar para no entristecerlo, sin palabras, con pactos imposibles, cuando todo era sed en Manicuare.

La viejita que nosotros recordamos en familia es sonriente y sencilla, la llamábamos Chichita, una suerte de gnomo tutelar y propiciatorio para todos los niños nacidos de dos generaciones. Decía que Cruz le había pedido fidelidad para siempre, que tuviera paciencia, que se unirían para contravenir lo impedido. No tendríamos que entristecernos a su muerte, pues en ese momento “habría bodas en el cielo”. En algún sentido, parafraseaba y completaba las palabras de una de las cartas de su amado: “Mueran ya nuestras penas, es

necesario vivir alegres a despecho de todo y confiar en que la felicidad será el cielo de nuestro Paraíso”. La muerte como reconciliación que pide muerte, y aquí el juego simbólico de los nombres que Vallejo no hubiera obviado, Cruz María y Concepción, o esa cruz, “tu cruz” en minúsculas como firma algunas de sus misivas a la novia que lo sufre, que de esta manera nace para una larga espera. Pero esa prórroga también la doblegó, se le hizo finalmente suplicio, demasiado para una vida tan larga, no para su voluntad sin retorno, sino para la misma máscara de muerte que se posó sobre ella.

Durante años, la vimos sentada en una mecedora de la casita “Azul”, en El Conde, como la vieron muchos, dedicada a tejer y a dar clases de tejido. El símil con Penélope es demasiado obvio, aunque de seguro a ella no le importara, ni lo tomara en cuenta. Pero fue así, un dejar pasar, un consumir el tiempo a puntos, lazadas y escarpines, el retorno de un Cruz viajero que viene también de casi veinte años de guerra con su destino, que mira el horizonte desde los acantilados de una antigua orilla de donde no puede partir, porque la eternidad no existe, y que aún le escribe cartas y poemas para mantener vivo sus sentimientos y su recuerdo. Ella será una Ítaca que aguarda a un guerrero que ha consumido su ruta sin llegar a puerto. Superados aquellos días finales de julio de 1929, la mañana con Toddy y pañuelo, Conchita se negó a todo pretendiente, se dedicó a tejer su tiempo, acompañando primero a su madre casi centenaria, y luego acompañada por Amanda, su sobrina. Tejer y enseñar a tejer, en realidad, más Parca que viuda soltera, paradoja de convertir tiempo en ropa de los recién-nacidos que ya no tendría. La muerte que engendra sólo muerte y recuerdos enamorados. Tejía rodeada de loros que repetían el silencio con palabras vacías, mientras ella recitaba poemas de memoria. Recuerdo el patio interior de “Azul”, con una escalera que subía a una azotea adonde llegaban palomas

silvestres, a las que ella daba migas de pan. Palomas sin mensajes, aves compañeras de soledad, huérfanas de palabras. Y helechos, también tenía muchos helechos de un verde claro, los más delicados, los más frágiles, los de hojas más pequeñas. Éstas fueron sus secretas victorias. Ese es el primer largo recuerdo que todos tenemos de ella en la familia, la Cordera convertida en Chichita, en la casa toda azul y verde, como sus ojos, en el viejo Conde, Este 10, donde yo iba con mi abuelo en su visita vespertina, y donde una foto del rostro intocado de Cruz María hacía años había colmado el espacio al lado de su cama, como si alcanzara, como si fuera suficiente.

Extraña fuerza la de la persistencia. Y con la contradicción de su nombre que da vida, queriendo la muerte, ésta no llegaba, otra prueba para ese amor, como si aún hubiera de probarse, concluir la historia que se perdería para ella, poco a poco, hasta las imágenes más simples, sola en su decisión nunca cancelada. Resolución hecha ya huesos pero con sentido, polvo de un amor que lo torna enamorado. “Yo también tuve un novio”, decía cuando estaba en el ancianato de Los Dos Caminos, donde pasó sus últimos años. La arteriosclerosis y la artritis la consumían de demasiado lenta, erigiendo su propia versión de la lepra. “Yo también tuve un novio”, y al preguntarle quién era, con esa fatua entonación que se le da a los enfermos, no sabía bien si Andrés Eloy o Cruz María. Pero era capaz aún de repetir con su sonrisa y una pequeña carcajada, casi inaudible, que la estremecía un instante mínimo: “Entre tus ojos de esmeraldas vivas/ te miro el alma, de ilusiones llena,/ como entre dos cisternas pensativas/ se ve del cielo la extensión serena./ [...] Porque cuando me miras y te miro,/ sale volando tu alma en un suspiro/ y embriagada de amor cae

en la mía”.¹ Recitando sus poemas, como tantas veces la habíamos oído, los gestos de una dulzura inaudita aún no se habían resignado a la enfermedad, días vividos con aceptación también iluminada. Volvía a ser ella, por segundos, entre los pliegues de la muerte. Era Chichita como antes, insistente en su recuerdo, sin que comprendiéramos el verla alegre de algo que tenía que ser triste, reconciliada tanto más tarde con esa otra angustia sin bordes a la que ahora se veía atada, repitiendo versos a quien se los pidiera, como lo hacía él en Manicuaire para sus visitantes, deseándolo, versos que en su boca sonaban recientes. Raro, la viejita con novio, con amado que también era poeta, como si la niña Bruzual, que fue siempre, esperara tranquila a que vinieran a buscarla, una vez más, como si la Cordera estuviera dejando huellas mojadas por donde pasara su recuerdo, pues había cruzado la ansiedad ella sola, navegado por entre sus ojos, hacia muy adentro, para llegar a esos otros ojos que se exasperaban por verla.

Poco después, a principios de los años ochenta, ya sin poderse levantar de la cama, rodeada de gente que no sabía de fidelidades antiguas, apenas su sobrina con lealtades equivalentes, fue al fin ganada por el silencio, sin versos, perdió la palabra, quién sabe si él la viera. La última vez que fui a visitarla, la mueca de la enfermedad se desencajaba en amargura, como si ella ya se hubiera ido y apenas subsistiera un cuerpo, y cada vez menos. Chichita, sí, cuántos nombres, Concepción, Conchita, también Penélope, que en sus últimas clases destejía las telas de sus alumnas, que atónitas veían su tiempo deshecho en un gesto de Parca solitaria. Conchita era la Cordera de nuevo, y devolvía el hilo a la lana en regresión constante, hasta no poder pararse más, la niña Bruzual vuelta Concepción, y

¹ “Mirándonos”.

mucho menos, retrocediendo en el tiempo, aún antes de conocerlo, abandonándolo, perdiéndolo y perdiéndose, ya cansada, y cuando al fin llega la muerte ya no era ni siquiera recuerdos. La voz de aquella carta se repetía en algún lugar: “Jamás aspiré martirizar a la mujer por medio del amor. Mis amores difuntos, como casi todas las ilusiones del hombre, sólo vivieron un día”, pero cuántos, cuántos años vivió ella en la misma espera.

VIII

Volví a Araya a finales del año 2008, con la intención definitiva de publicar estas cartas y este texto, de llevar un mensaje familiar a este amor reconciliado en el tiempo transcurrido, en el dolor acumulado. Haber conocido la muerte, también ayuda. Veinte años luego de mi primera visita, cincuenta desde la película de Benacerraf, por cumplirse ochenta desde la muerte del poeta. La casa frente al mar sigue siendo la misma, pero es también otra, remozada por la fidelidad de su pueblo. Algunos poemas en las paredes, su retrato y el de ella, aunque extraño, ni la joven novia de Cruz María, ni la viejita nuestra. Un ser que no pudo existir nunca para esta historia, que fue un seguir y otra espera. Ahí persiste la bañera de piedra con el rostro abierto. El cariño de sus coterráneos cuida la casa como el santuario que es, un museo, un lugar de peregrinaje para el visitante de Araya. Un busto de bronce repite “Azul” estampado en su pedestal, vigilando el mar, las mismas aguas que ella cruzaba cuando venía a verlo. “Azul de aquella cumbre tan lejana/ hacia la cual mi pensamiento vuela/ bajo la paz azul de la mañana/ color que tantas cosas me revela!!! Azul que del azul del cielo emana,/ y azul de este gran mar que me consuela,/ mientras diviso en él la ilusión vana/ de la visión del ala de una vela”. Nuevas flores y

pájaros la rodean, algún árbol sin hojas, la luz de la tarde, que en esos días fue intensa y dolorosa, quizás como la de mediados de febrero, cuando ella fue por última vez sembrando así, de alguna manera definitiva, ese amor ya nunca realizable. “Sólo me angustias cuando sufro antojos/ de besar el azul de aquellos ojos/ que nunca más contemplarán los míos”. Sus ojos azules le ganaron algo a la finitud que anuncia otro poema. Un pescador de calma sencilla nos abrió la puerta.

La sal de Araya ya no es lo que fue cuando Benacerraf la filmó hecha mito, antes de la industrialización que comenzaba. Ahora, al otro extremo del tiempo, el que nos toca a nosotros, la sal está seca y dura, la máquina detenida y oxidada, el barco que no rema. Un grafiti en la salinera abandonada exige “para los trabajadores todo”. Nuevos anhelos cifran el futuro, lejanos de la película y aún más del dolor de Cruz Salmerón, una nueva sal que se anuncia, productiva y propia, que vuelva a elevarse sobre las máquinas vencidas de una modernidad que no fue suficiente, como la de todo el país, como la de todo el continente, y que se renueve en la voluntad de ilusiones que se respiran al paso por los pueblos de Oriente. Mil obreros volverán a ser muchos en Araya, contribuir con la fuerza de la sal a la sal de la vida que somos todos.

La gente pinta sus casas, espera que suceda algo, los niños juegan en las calles, los pescadores limpian y cosen las redes. El escritor y líder popular Julio Hernández comparte con nosotros en el cobertizo de su propia casa, el café y la voz franca que guarda el recuerdo del poeta con una fidelidad inaudita y maravillosa. Conoció a sus hermanos, recuerda a la familia Salmerón Acosta, leyó también alguna carta de amor dirigida al poeta, que la misma Ana Mercedes destruyó, como protegiendo el espacio de una relación única, la de la Cordera, la de Conchita Bruzual. Sin embargo, nada cambiaría la memoria

instituida en leyenda de ese amor por todos respetado, por todos compartido. La película de los ochenta tampoco pudo desvirtuar la historia, no fue suficiente, y la gente se rebeló unida y se hizo denuncia. Una vez más, como si fuera un Jefe Civil de celuloide en manos de un pueblo herido.

Hernández habla de los más viejos de Araya y de los recuerdos más viejos. Su misma escritura imagina la infancia del poeta, los diálogos con su gente y su entorno, recupera la fuerza simbólica y significativa para nuevos cambios, la patria toda desde su rincón de Araya. Para ellos, los pobladores de la península, Cruz María está vivo, la novia pudiera volver a visitarlo, llegar de imprevisto desde la otra orilla. Los niños de Manicuaere conmemoran el 3 de enero y el 29 de julio desde el amanecer, cantando galerones y recitando poemas. El poeta sigue siendo identidad, resistencia, comunidad, ahora esperanza. Hernández repite emocionado cuando el poeta retó a la nave negra del gobierno, que pasaba frecuente por las costas orientales, a que fuera a buscarlo, a encerrarlo de nuevo. Se negaba a la tiranía desde el abismo de su enfermedad, daba su ejemplo y mandó una lluvia generosa para todos cuando fue el momento. La novia, la Cordera, es también Araya, devoción del poeta como la devoción todavía de todos. Sigue siendo el amor, el amor desesperado que se enfrenta a la muerte.

IX

Sí, una pasión, unos poemas, unas cartas, una historia que no se repetirá, que era ya anacrónica cuando sucedió, como esa niñez invertida de la novia, que pudimos constatar en su especificidad trágica, que la hizo única e irónica. Estas cartas le dan otro sentido al mal

de Cruz María, lo profundizan, desordenan la autocompasión que expresa en algunos de sus poemas. Ella le pedía a sus manos cansadas que le escribieran, las manos enfermas callaban la distancia. Él no podía, sus hermanas transcriben los poemas que el poeta dicta, y le dice a ella que la palabra no calma, sino profundiza: “no sé por qué causa, te empeñas en que debo seguir sufriendo, pues no cesas de rogarme que te escriba”. Es el amor en tiempos del gomecismo, ni Ifigenia ni Marisela, imagen popular de lo imposible que destruye lo que queda, mientras queda de tanto incendio, él, despiadadamente encantado de ella y de su amor, varias veces cautivo. Pero amor de violencia, de cuerpo adentro. Amor pequeño que parece trascender de a orillas, y se hace para siempre, aunque la existencia sea muy larga para los que aman así. No eran los poemas, sino ese sentimiento lo tardío. Amor romántico, tragedia mítica, dramatismo exagerado, pero de tan cierto. Hay allí una fuerza distinta que hace del hecho literario una forma de recortar el tiempo prometico que no se consume, tensarlo como la cuerda de un arco en medio del convite, aunque no quede otra permanencia.

Pocas antologías nacionales recogen los sonetos de Salmerón Acosta, si bien los críticos que los han analizado han reconocido su excelente factura estética, el talento del que se desprenden. La historia literaria apenas lo nombra, los diccionarios literarios lo excluyen. Es otra escritura de la muerte que parecemos aceptar sin cuestionamiento. Eso que queda fuera. Sin embargo, sus poemas, como tantos otros, perduran, resisten en cierto espacio de nuestra identidad, son pueblo, su pueblo. Ahora podemos leer los poemas al lado de las cartas, esas que ella no quiso que nadie más conociera, porque eran peldaños de su intimidad, su secreto de novia, pero son parte de nuestra vida cultural, historia humana de país entero. Y como la obra de Andrés Eloy Blanco, la de Cruz María es más resistente

en el imaginario popular que en la academia, y habría que preguntarse por el espacio que forja la poesía, y defenderlo por propio, advertir su sentido y su razón. Es en parte comprensible que la crítica canónica no sepa cómo acercarse a estos textos, y repita los mismos tópicos, no siendo capaz de referir las claves de su poética sin desdeñar su persistencia popular. Teleología desordenada entonces frente a una obstinación fiel y certera. Los poemas de Salmerón Acosta nos formulan preguntas profundas sobre la voluntad de inscripción comunitaria, entre vida y muerte hablando de su muerte, entre vida y vida mientras queda. Las respuestas pendientes son nuestras propias respuestas. Potenciación a través de la palabra, y no de la palabra. Ahí lo desusado, lo pasado prematuro, lo deshecho. Demasiado literal, la muerte siempre fue así. El intentar decir de quien termina sin palabras de tanto dolor. ¿Y qué más queda? La viejita recitando poemas de memoria en el ancianato de Los Dos Caminos, como Cruz María a sus últimos visitantes en la pequeña casa de la colina frente al mar, que ni siquiera serían ingredientes para una película que se pretende política, y que tampoco lo logra, dejando de lado el amor, dejándolo en la otra orilla.

Sin embargo, como piensa un acucioso crítico, estas cartas, estos poemas pueden haber sido un “vehículo sutil capaz de unir lo real y lo irreal, de llegar a las esencias, y hacer posible un lugar donde lo místico y lo estético se unen en función de la trascendencia que busca, desesperadamente, en este caso, un joven poeta condenado al sufrimiento y a la muerte precoz”.²⁵ Si esa concertación del dolor repite palabras que cauterizan su propia posibilidad de existencia, y hacen vivible el azar de otras experiencias, mucho es lo que logran. Si recogen un poco de ese amor más allá de la muerte, recobran su destino órfico.

Quizás eso son estas palabras, la parte hasta ahora no contada de esta trágica historia, lenta Isolda a su manera. La Cordera fue una lucha entre espera y olvido. Este amor lo componen unas pocas cartas en un cofrecito de madera, dos vidas que se deshacen a pedazos, y unos pocos poemas. Difícil, entonces, la relación de la crítica literaria con esta obra, y difícil encajarla a retazos en un cajón meramente hecho de muerte. Trascendencia en la gente, la gente, dicen.

CARTAS MANUSCRITAS

CARTAS TRANSCRITAS

Señora:^m

Al manifestarle mis ideas a vuestra hija presentía que dicha manifestación no iba [a] estar oculta ni por un sólo instante a vuestros conocimientos, por eso al abrir la carta que Ud. me envió y encontrarme con la mía propia, no me causó sorpresa alguna dicho procedimiento; antes bien, experimenté suma satisfacción, toda vez que así conocí la nobleza de vuestro corazón y quedaban ampliamente conocidos mis propósitos.

Cuando Ud. mandó a decirme que pasase por allá antes de irme, imaginé que Ud. tendría algo que objetarme con respecto a lo ocurrido; pero como asistí a dicha llamada y hubo obstáculos para hablármeme, volví anoche, obteniendo el mismo resultado.

Hoy todavía ignoro si hay algo que decirseme, y deseo que Ud. me dé una respuesta más o menos satisfactoria.

Su aftmo.:

Cruz M. Salmerón

≈

Amada mía:

Si todos los dolores que me han herido durante mi vida de adolescente se hubieran juntado para caer en un instante en mi espíritu, no me habrían hecho sufrir tanto como tu carta. La amargura que destilan sus frases se ha derramado por dentro de mí como un licor de lágrimas.

Me has llamado hipócrita, desalmado; pero ni esto ni lo otro me lastima como el convencimiento homicida de que te estás acabando por mi causa y crees que experimento una como voluptuosidad de asesino refinado, viéndote morir.

Yo me consideraría dichoso si una mujer llegase hasta sacrificarse por amarme, mas no me siento capaz de hacerla padecer la menor pena para gozar con ello.

Jamás aspiré martirizar a la mujer por medio del amor. Mis amores difuntos, como casi todas las ilusiones del hombre, sólo vivieron un día. Florecieron y se mustiaron sin

^m Carta dirigida a Margarita Serra de Bruzual, madre de Conchita Bruzual.

dejar vestigio, como esas florecillas que abren con el alba y se marchitan a la caricia del último reflejo de la tarde.

Pero ese afecto que unió tu corazón al mío, nació y vive con la perseverancia y lozanía de la siempreviva que, [a] despecho de la intemperie mantiene alegres sus colores entre la ruina de los follajes y aun después de tronchada de la planta y ofrendada a la menor de los extintos, todavía perdura su gracia sobre la losa de los sepulcros.

No adivino qué causa te impulsa a desconfiar tanto de mí. Desde que empezó a despertarse en mi alma ese sentimiento de adoración por tu celeste persona, tu recuerdo siempre está conmigo. Cuando, en la ausencia te soñaba mía, casi sin esperanza de que un día pudieses amarme; ni tu silencio torturante, ni las ilusiones que hicieron brotar muchas rosas en mi interior y bajo cuya fascinación más de una margarita oyó palpitar de amor el corazón de una dama, no me hicieron olvidar nunca todo el esplendor divino que se desprende de tu imagen. Después, cuando nuestras almas se comprendieron y se unificaron por el amor, y la envidia pretendió enlodarte, apareciste ante mis ojos y en mi corazón más pura y más ideal, como aureolada con virtudes que te hacían separar de las cosas terrestres. Ahora, en mis días tristes de desolación, cuando pesaba sobre mi espíritu el tormento del presidio,ⁿ más que el deseo de la libertad me afligía la ausencia de tu ser, al igual del pájaro que cautivo en la jaula deja de trinar, más nostálgico de no poder soñar bajo el ala dulce de la compañera que del aire del campo y del arroyo que por entre piedras y espinas pasa cantando los maravillosos dones del agua.

Ya ves que no debes pensar en que yo pueda olvidarte, ni borrándome de tu mente lo conseguirías; porque entonces quedarías encerrada en mi ser como la imagen de un muerto querido cuyo recuerdo nos hace una como tristeza de otro mundo, que nos hace llorar en silencio.

Volveré a tu casa el sábado aunque tenga que desatender las exigencias de tu señora madre.

ⁿ Esta referencia a su reciente experiencia en la cárcel, permite pensar que esta carta haya sido escrita hacia 1914 o, quizás, ligeramente más tarde. Como se ve al final de la misma, todavía el poeta realizaba viajes a Cumaná, y hace énfasis en la oposición familiar a sus encuentros amorosos.

C...

≈

Cordera:

Leyendo tu última carta toda llena [de] lamentaciones y en que tus esperanzas me recuerdan esas postreras hojas que aunque amarillas, todavía permanecen adheridas a las plantas enfermas del mal de otoño, comienzo a escribirte para darte la satisfacción de que leas en mis frases cómo es de triste y desolado el estado de mi alma cuando se encuentra ausente de la tuya y, para sentir esa emoción sin nombre, mezcla de pena y regocijo, que en mí se produce cuando mi pluma te está diciendo todo cuanto mi corazón va soñando bajo la acariciadora influencia de tu recuerdo.

Jueves santo! Hoy es un hermoso día de abril y la tarde ya comienza a expirar y está tan dulcemente triste que parece verdad que se ha muerto el Señor.

Todos los colores del ocaso lucen con un tinte borroso, con el brillo apagado de las cosas que empiezan a extinguirse, el azul es desvanecido y tan doloroso como el azul de los ojos de las rubias cuando van a cerrarse por última vez; el amarillo es pálido, con el palor de esa tenuísima claridad que esparce la luz que alumbra el silencio de nuestra agonía; el rosado es menos sensible que un ligero rubor desvaneciéndose en las mejillas de una niña dormida; sólo allá, en el sitio por donde el sol se ocultó, esplende violentamente una mancha roja, como si el sol al hundirse hubiera abierto en el cielo una herida, de cuyos bordes chorreara una sangre tan viva que hace pensar en aquella sangre purísima vertida en la cumbre del Calvario en sacrificio a la humanidad y da al paisaje moribundo una pincelada de una pintura del Ticiano.

En el fondo del mar inmóvil el panorama vespéral se refleja más borroso y melancólico aún, con apariencia de un cuadro antiguo que el tiempo ha ido apagando.

Pero tal vez no es la vista de este crepúsculo abrieno, que se está muriendo en mi interior y que representa el estado de mi espíritu, lo que me desespera, sino la ausencia de tu persona querida y este marchitamiento de todas mis ilusiones que estoy sufriendo en plena primavera.

En la fuga de toda nave que se aleja, en el vuelo de todo pájaro que pasa, mi pensamiento va hacia ti. Y en medio de esta desolación que me angustia me invade un ansia desesperada de tenerte a mi lado y que tus manos ideales se hundan en mis cabellos y hagan volar de mi cerebro toda idea que no me haya sido inspirada por tu ser.

Mis ojos suspirantes, mirando con una mirada nostálgica y sin fin hacia la ribera de la ciudad donde habitas, divisan apenas el velamen de una nave, cuya desaparición es tan lenta y penosa que se me figura el último adiós del ala blanca de tu pañuelo.

Soñando en esta hora de ensueño contemplo tu retrato, que tiene tu alma y ha aprendido a sufrir de tanto haberme visto llorar, y mi vida se perfuma con la memoria fragante de aquel abril de nuestros primeros amores. Quiero vivir aquella época, que no se puede olvidar aunque no vuelva, en que tú ni me conocías y yo me sentía infeliz si dejaba un instante de soñar contigo.

Ay!; Por qué no moriría en mi corazón este sentimiento nunca bien expresado, cuando sólo era un amor infantil no confesado todavía!...

Convengo en que hago mal con atormentarte comunicándote mi dolor, pero yo siento necesidad de tener una novia que sufra mi desgracia más que yo mismo. Perdona mi egoísmo. Corazón.

Mueran ya nuestras penas, es necesario vivir alegres a despecho de todo y confiar en que la felicidad será el cielo de nuestro Paraíso.

Termino esta carta deseando verte enamorada, no ya de mi persona, sino de mi modo de adorarte.

Tu cruz^o

Abril 1916

≈

Cordera mía:

^o Es la primera vez que firma "Tu cruz", aquí subrayado.

Te escribo de nuevo y espero [que] esta carta no vaya a tener ante tus ojos el mismo valor de las demás que, entre lágrimas de satisfacción y sonrisas dolorosas, te he escrito.

¿Qué hago para merecer tu confianza? Promesas de una eterna adoración, añoranzas muy hondas, impresiones y ensueños, todo lo triste y amable que por obra y gracia de tu amor ha florecido en mí te lo he dicho en frases sentidas y en rimas que no sé de dónde vienen, pero cuya armonía corre por mi interior como el agua de una fuente oculta en el corazón de la tierra.

Con todas esas íntimas revelaciones sólo he logrado desarrollar más la desconfianza que te inspiro, sin embargo nada de mentira hay en ello.

Puedes jurar que las palabras que te dije la otra noche fueron bromas y nada más, y como tales has debido tomarlas, pues te lo manifesté muchas veces; además, tú sabes que yo no debo, ni puedo engañarte.

Cuando casi me diste a entender que preferías la muerte de mi amor a la pérdida del cariño de tu amiga,^P no tuve valor para romper nuestras relaciones ¿cómo voy [a] hacerlo ahora que no hay motivo?

Convéncete, niña, de que aunque yo le hiciese la corte a cien hermosas mujeres y lograrse ser amado de todas, ninguna alcanzaría de mí lo que tú, ninguna podría como tú hacerse dueña de mi corazón. Así en la floresta anegada en luz plenilunial, todas las flores sonrían oyendo el canto del ruiseñor, pero es sobre la corola fragante de la rosa que viene a caer el rocío, cristalino del gorjeo del pájaro del cielo.

Tampoco debes temer que yo vaya a dejar de unir mi suerte a la tuya a causa del mal que sufro, pues tengo la convicción de que no has de quebrantar las cadenas de mirtos y rosas que nos atan por el temor de padecer el infortunio de perderme en los primeros años de nuestro matrimonio; sino que has de resignarte a recibir mi alma en mi último aliento,

^P Esta disputa entre los novios ya no puede ser del todo aclarada. Los celos de ella y la referencia a la amiga pudieran dar alguna pista. El director del Centro “Cruz Salmerón Acosta”, Julio Hernández, da testimonio de una carta que guardaba Ana Mercedes Salmerón Acosta, enviada por una hermana de Andrés Eloy Blanco a Cruz Salmerón, en la cual le declaraba su amor. Según Hernández, Ana Mercedes rompió luego la carta, con la intención de no “ensuciar” el recuerdo de la relación con Conchita Bruzual.

mientras tus manos cierran dulcemente y para siempre mis ojos nostálgicos que han de llevar a la tumba la poesía arcana que desciende de los tuyos como una claridad del azul.

“De todo lo que alcance en mi doliente
rimar, nada disipa mis pesares,
cómo saber que guardas mis cantares
dentro del corazón y de la mente.”⁹

Nada! ni haz de laurel para mi frente,
ni la gloria que miro en mis sueños,
cuando, bajo los ósculos lunares,
dormir en él mi corazón te siente.

Cuando al fin del vía crucis misterioso
de este vivir que sufro, sin reposo,
quede mi sangre en polvo convertida,
mucho de mí conservarás si aún vives
porque esos versos que en tu ser escribes
tienen algo de mi alma y de mi vida.”¹

No quería escribirte y lo he hecho en prosa y en versos, prosa del corazón, versos del alma.

Adiós,

Tu cruz

≈

Cordera:

Amanecer de primavera! Nace este día de mayo con el encanto y alegría de un niño que despierta de un sueño de rosa entre un lecho de flores.

La aurora hace brotar del alma de los seres y de las cosas una como apariencia de felicidad que se empieza a saborear. El sol estralla^s el espejo ondulante de la mar en donde

⁹ El verso “dentro del corazón y en la mente”, como está en la carta, tiene diez sílabas.

¹ Este soneto, hasta donde sabemos, permanecía inédito.

las gaviotas gritan su hambre en derredor del pelícano, cuya leyenda triste y heroica tiene la virtud de un sacrificio materno.

 Mi alma siente necesidad de expresar su contento de esta hora, con la misma alegría y naturalidad con que canta el pájaro y se entreabre la flor.

 Estoy solo, pero todo lo armonioso y encantador que me rodea hace que piense en ti y me da la ilusión de que estás oculta en este cuadro de la Naturaleza. En todo sonido que se produce creo oír algo de la música de tu voz: en el vuelo de la brisa, en el gorjeo del ave, en el beso de la espuma, y el rayo de sol que se deshila en las cumbres me hace recordar aquella tu cabellera que cegó el hado, como un haz de espigas tempranas, y en donde desaparecían mis manos acariciadoras y que ya la suerte tornó insensibles para la caricia y a quienes la misma suerte dará fuerzas con que yo pueda, un día, alzarte florida de azahares, hasta el trono de Dios a recibir la bendición nupcial.

 Me siento feliz pensando que tú lo eres y no quiero ni soñar que te mustias en silencio imaginando que no podré ser tuyo.

 Si notas que mi expresión escrita lucha por ser triste y no alegre como yo quiero que sea, ello no es consecuencia de ningún dolor disimulado sino de la fuente de lirismo que por dentro de mí está corriendo sin cesar.

 Por sobre mi cabeza pasa un vuelo de pericos que desgranar en el aire risotadas de alborozo; la bandada de pájaros se posa y puebla las ramas desnudas de un árbol seco que por un instante verdea, como si hojeara por última vez, bajo el beso tibio de la luz matinal y el aliento fragante de la Primavera.

 No trates de adivinar la analogía que existe entre ese árbol y el estado de mi ser y acuérdate de que yo soy un soñador que sabe fingir los más crueles dolores, pero que no ha aprendido [a] amar la fealdad.

 Adiós. C.

 Mayo 20. 1916

≈

^s El verbo “estrallar”, usado de manera coloquial, significa explotar.

Cordera:

Gozando un silencio íntimo y un dulce placer que no se de dónde me viene, principio a escribirte en esta deliciosa noche de junio en que la luna nueva al ocultarse tras del cerro deja una claridad perlada en el cielo y un reflejo de inspiración en mi mente.

Respiro una brisa que acaricia por lo apacible y fresca, tu recuerdo empieza a llenarme el alma y voy hacia ti con el pensamiento, ansioso de compartir contigo esta hora de felicidad nunca vivida.

Estoy en conocimiento de que en Cumaná han propagado el escándalo de que me he suicidado. Considero el tormento de la incertidumbre en que te dejaría tan tremenda noticia y siento que ese dolor tuyo es más mío que mis propios dolores. Pero no te desalientes, alma. Yo todavía amo la vida y no quiero desprenderme de ella mientras amor florezca en mi corazón y en mi alma trine la Poesía.

Yo no aspiro acabar mis días de una manera violenta y trágica, estoy resignado a que mi corazón expire pianísima y melancólicamente, como esos pajarillos prisioneros que se mueren de nostalgia.

Esta noche, baja de las estrellas hasta lo más hondo de mi ser, una claridad tan dulcísima como aquella que emana de tus ojos cuando me miras con una mirada que nunca termina.

Estoy aprendiendo a hacer de mi vida un sueño agradable y ya estoy como bajo la influencia de una alucinación amorosa: siempre te estoy viendo y sintiendo junto a mí. A cada instante oigo que me llamas y soy feliz creyendo que no te cansas de suspirarme y nombrarme con el pensamiento.

Cordera: No dejes que se marchite tu hermosura entregándote a una aflicción que no tiene razón de ser. Adiós.

C...

Junio 4. 1916^t

≈

^t Esta es la única carta que se había publicado hasta ahora, manuscrita, formando parte de *Fuente de amargura*, con el título de “Cruz Salmerón Acosta le escribe a su novia”.

Alteza:

Lee y guarda esas poesías que aprecio tanto como si fuesen escritas por mí, porque sueño que las he sentido y no las he podido expresar, tan bellamente como lo hace este dulce poeta,^u adorado de las Musas.

Pienso alejarme de aquí pronto y siento cómo se hace infinita en mi alma esa amorosa nostalgia que mantengo por toda tu persona: nostalgia de no escuchar el suspiro de tu voz, de no recibir la caricia de tu mirada, de no sentir el beso de tu sonrisa.

Cuando lejos de mí se marchitaba la flor de tus veinte abriles,^v no sé qué dios invisible me decía que no ibas a morir y fuiste como un jardín que otoño deshojara y que primavera hizo más bello y adorable. Yo confiaba en que un día habría de verte más hermosa y más estrechamente ligada a mi vida y así sucedió en aquella mañana deliciosamente triste para nuestras almas, cuando tu corazón me sollozó que ni la muerte podría separarnos.

No sé por qué esta despedida derrama esa emocionante melancolía que dejan los últimos adioses!...

Tu cruz

≈

Amada:

He leído tu carta en donde me participas que has de alejarte muy pronto mucho más de mí,^w y he de contestarla hasta donde me lo permitan mi fuerza moral y el estado lastimoso de mis manos.

Tu carta abre en mi corazón dos nuevas heridas: una es muy grave, la que me causan las frases agresivas que me diriges; y la otra es mortal, la que me produce el anuncio de tu partida.

^u Se refiere a Francisco Villaespesa, de quien, en diversas ocasiones, le envía poemas.

^v Parece hacer referencia a cuando Conchita se enfermó de tífus. Por esto, y por su contenido, parece haber sido escrita en fecha temprana, quizás cuando va a recluirse definitivamente en Manicuaire, es decir, hacia 1916.

^w Conchita y su madre se residencian en Caracas, hacia mediados de la década del veinte.

No he dudado de tu cariño, ni he querido ofenderte como dices. Se podría dudar del amor del alma? Esa abnegación tuya llevada hasta el sacrificio, ese culto rendido a un amor eternamente ausente merece la mayor veneración y he de ser yo, mísero mortal que ha inspirado tan sublime idolatría, el más llamado a respetar ese alto sentimiento que se ha hecho acreedor al homenaje perpetuo de mi adoración y de mi gratitud.

Nunca creí que mi silencio diese lugar a que me juzgases tan mal, pues has debido suponer que cuando yo no te escribía era porque mis manos no podían manejar la pluma o porque mi corazón no tendría fuerza para hacerlo. Ah!... Yo había acariciado la ilusión de romper ese largo silencio guardado hasta hoy, el día en que un mensaje mío pudiese llevarte en sus alas la alegría de una esperanza, pero el destino ha querido que fuese en esta hora dolorosa en que esta misiva sólo puede llevarte el eco de mis sollozos...

Tal vez mañana, cuando partas, desde el lugar de mi reclusión miraré alejarse el buque donde vayas y sufriré la misma angustia del amante que ve pasar ante sus ojos el féretro donde se llevan a enterrar el cadáver de su amada...

Adiós!.. que te acompañe siempre mi recuerdo!..

Pensé escribirte mucho más pero la emoción no me ha dejado.

Adiós... Retribuyo tu beso de despedida con todas las lágrimas que he derramado escribiendo estas frases que te llevan el alma mártir de tu amado:

Cruz

Febrero 4 de 1924^x

≈

Guarataro: 24 de octubre de 1925

Señorita
Conchita Bruzual Serra
Cumaná.^y

^x Este año se presta a duda, debido a las características de la escritura. Junto a la carta iba el poema "La canción del recuerdo", de Villaespesa, copiado a máquina.

^y Este encabezado, a esta altura de la correspondencia, resulta un tanto extraño por su formalidad. Pudiera haber sido enviada en manos de un tercero, de ahí el tono poco íntimo del texto.

Amada mía:

En mi anterior te hablé de lo mucho que sufro cuando te escribo y en otra ocasión te he hecho mención de eso mismo; pero tú, porque no lo has creído, o no sé por qué causa, te empeñas en que debo seguir sufriendo, pues no cesas de rogarme que te escriba.

Con respecto a lo que tú tratas en tu carta referente a mi enfermedad, te diré que no me someteré al tratamiento de Virginia, ni al de Benchetrit,^z ni a ningún otro de los tratamientos conocidos hasta ahora, pues sé que a causa de lo inveterado de mi mal ninguno de esos medicamentos podrá curarme. Los ésteres etílicos y todos los derivados del [¿?] no dan resultado favorable cuando son aplicados a los enfermos que ya tienen mucho tiempo sufriendo del mal de lepra. Tampoco podría lograrse lo que tú deseas y crees conseguir sin gran dificultad: hacerme volver a caminar. Esto es todavía más inalcanzable que la misma curación. Así es, que espero no mandes nada de lo que te propones solicitar. He sufrido ya mucho y quiero vivir con menos dolor los pocos días de vida que me faltan...

Ya he resuelto, pues, no usar ningún tratamiento para combatir mi mal. En cuanto a mis dolores morales yo tendré fuerzas con que combatirlos hasta la hora suprema...

Mucho he lamentado tu enfermedad y siempre preguntaba cómo seguías. Debes observar las indicaciones del médico.

Bueno, amor, si existe Dios, que te ampare.

Recibe mis lágrimas.

Tu Cruz

≈

Amada mía:

En este momento en que te escribo nace el alba, y su dulce claridad que lo ilumina y alegra todo, y que otras veces lo mismo que las tinieblas del mundo ha disipado las de mi alma y tanto me ha consolado, hoy no ha podido entrar en mí.

^z Se refiere al Dr. Aaron Benchetrit, nacido en Marruecos, quien creció y vivió en Venezuela, ocupando cargo de director de leprocomios durante estos primeros años veinte.

He destinado esta hora para escribirte porque creí que sólo ella podría disminuir el sufrimiento que me causa hablarte desde tan lejos; pero ni el despertar de todas las alegrías que estoy sintiendo en torno mío, ni la presencia de tanta belleza dorada por la luz matinal han logrado calmarme mi pena. No me explico porqué yo, que he vencido dolores tan grandes, no puedo vencer este dolor moral.

No tengo valor para seguir escribiendo. Puede más el sentimiento que el dominio de la voluntad.

Recibí tus dos cartas y tu excelente regalo.

Recibe un beso de

tu Cruz

≈

Amor:

Con el alma todavía dolorida de los últimos golpes que ha recibido, voy hacia ti para llorar un rato sobre tu corazón. Ha sido, pues, este sollozo mío lo que ha venido a romper el largo silencio, que para ti significó olvido, y para mí sólo fue anhelo de evitar sufrimientos. Olvido? No se le hable de olvido a quien ama la vida aún sola porque vive recordando... Los recuerdos de aquellos dos días que pasaste en mi casa me acompañan. Las horas de aquellos dos días nos dieron tanta dicha y tanto dolor, que nunca podríamos olvidarlas. Hoy me prometes un nuevo viaje, y a la pregunta de que si me gustaría verte a mi lado otras horas respondo, que las puertas de mi casa y mis brazos están abiertos para recibirte.

Van mil gracias y un amable recuerdo para tu prima, y para ti el corazón de tu Cruz.

16.2.28

≈

Amada mía:

Ya está en mis manos tu misiva y en mi corazón sus palabras.

Anoche cuando principié a escribir la carta que tú viste, pensé dedicar a ti también un recuerdo, pero alguien interrumpió mi labor y no pude seguir escribiendo. Por ese motivo y por otros que te contaré cuando tú vengas, no te fue antes la expresión de mi cariño.

Ya estás allí. Por fin realizaste el viaje por ti tanto tiempo soñado y por mí tanto tiempo esperado. Mas para que hoy se realizase fue necesario que sucediese en el mundo la desgracia que nos hiere a todos: la destrucción de Cumaná.^{aa} Oh! destino, para darme un momento de dicha enviaste tan tremendo cataclismo! Deliro... Quién sabe si sólo será un sueño esa dicha de que hablo! Quizás no vendrás a verme como en aquel inolvidable día...

Yo estoy enfermo, tengo otra nueva dolencia pero tu presencia lo curará todo.

Tu Cruz.

1.2.29

≈

Amada:

Hace ya cinco días tengo en mi poder la carta que a la presente te acompaño. Primero se olvidaron de llevártela, y ayer junto conmigo se quedó esperándote. Hoy sale en unión de ésta, libre ya del peso de la almohada bajo la cual estuvo prisionera, y ansiosa de encontrarte... Las dos van a llevarte una alegría: la seguridad de que vivo pensando en ti todavía, ambas te revelarán algo de lo mucho que he sufrido en esta larga espera, pero ninguna sabrá decirte las ternuras que mi corazón ayer te hubiera dicho.

Tu Cruz

5.2.29

≈

Conchita:

^{aa} Se refiere al terremoto del 17 de enero de 1929.

No te había ido otra vez la expresión de mi cariño porque hasta esta mañana estuve creyendo que te habías marchado, que ya estabas muy lejos de mis costas, en donde yo, más triste que nunca, quedaba de nuevo en espera del retorno imposible.

Cuánto me ha hecho sufrir el anuncio de tu partida! Yo me decía; ¿qué clase de amada es ésta que después de estar tanto tiempo proyectando un viaje para ver a su amado ausente y para siempre cautivo, logra al fin realizarlo y cuando ya se acerca al querido lugar del cautiverio, retrocede prometiéndose volver otro día, sin pensar que acaso ese otro día no llegará nunca, o porque ella no pueda volver o porque si vuelva halle que a su amado lo han sacado de su prisión para hundirlo en la de la tumba?

Pero yo estaba soñando y esta mañana he despertado: Que no se realice mi terrible sueño!

Tu Cruz

9.3.29

≈

Guarataro: 8 de abril 1929^{bb}

Señorita Conchita Bruzual
Caracas.

Mi querida Conchita:

Quiera Dios cuando recibas ésta estés un poquito consolada, por ésta tu casa considera cómo nos habrá dejado la eterna separación de nuestro querido hermano Cruz Ma. (q.e.p.d.) Ay querida Conchita! aun parécenos mentira! Era tanto el deseo de conservarlo aunque fuera enfermo que no quiero convencerme de su muerte. ¡Pobre hermano! Tantísimo que sufrió su vida fue un martirio por eso creo que un lugar distinguido tendrá en el cielo, muy cerca de Dios estará. Su nombre lo invoco y pido que me conserve por más años a mi pobre y sufrida mamá, yo admiro la fuerza moral de ella,

^{bb} Como puede advertirse, la fecha de esta carta crea un problema. O hay un error, y es agosto y no abril, que es lo que pensamos, o el año está equivocado y es 1930, lo que resulta muy tardío.

yo creí que en ese momento de dejarnos para siempre ese hermano, nos faltaría también mamá, pero Dios todo lo hace y aunque no deja un momento de llorarlo tiene sus ratitos de pequeñas distracciones con mis hijitos que están muy encariñados con ella.

Cuando yo escribí a Petra, hubiera deseado volar donde ti [a] decirte que vinieras a recibir su último suspiro, yo comprendí desde ese momento que eran contados los días que estaría con nosotros, pero la pobrecita mamá no se imaginó nunca que iba a morir. Ese mismo día ella lo obligaba a que tomara una taza de Todí, no quiso, diciéndole que se convenciera [de] que él se estaba muriendo, todavía ella me decía que otras veces se había visto más mal. Él se conocía su muerte pero junto a mamá no quería darlo a comprender quizás por no hacerla sufrir más, pero estando Madrina y Rafael H. con él los abrazó y les dijo “hermanos míos ya no los acompaño más, me muero”. Esto fue dos días antes de su muerte, todavía muriéndose y preguntaba si no habían ido a hablar con el médico, quería la vida, ¡pobre hermano! tan resignado hasta el último momento, murió como jamás he visto morir [a] otra persona, puedo decirte querida mía que sería algo en el corazón, que le daría pues fue como un suspiro que se le oyó inmediatamente con su pañuelo que hasta el último momento lo tuvo en sus manos se lo pasó por la cara y la mano por su cabeza como acostumbraba él hacer y después expiró tranquilito. También cuando Norberto Salaya llegó que serían las 8 de la noche lo abrazó y estuvo hablando con él lo último que le preguntó fue por Dionisito. Norberto dice que él le comprendía que quería seguir hablándole, pero ya la lengua se le iba poniendo pesada y calló porque le comprendió que ya no se le entendía.

Ya como a las 12 del día cuando las embarcaciones venían de Cumaná se presentó un tiempo de lluvia y viento que milagrosamente no se perdieron, desde ese momento fue agua hasta el momento de sepultarlo. Hasta la misma Naturaleza parecía que lloraba su muerte, pero también pienso que su destino fue hasta lo último cruel, pues de lo contrario nos hubieran quedado muchos recuerdos de su entierro, su urna le quedó linda, muchísimas coronas, entre ellas una en tu nombre, también una de Luisa Alarcón, Enoe Herrera, Cruz R. Flores, de los amigos cumaneses, de mamá e hijos que por casualidad se encontró una extranjera, una de N. Salaya y no recuerdo quiénes más. Para la misa también vinieron algunas de Cumaná, como las hijas de Dominguito Guevara, Luisa V. Aza, Cándida López, Ignacita González, Enoe Herrera, Luisa Moya, la Sra. Carlota trajo corona y ese día fue que

pude mandarle una en nombre de mis hijitos. No creímos tuviera la gran manifestación que tuvo. No pudo retratarse el entierro, pues trajeron esa idea. La marcha y su muerte primeramente conmovió tanto al pueblo que desde las primeras casas hasta las últimas todas las personas lo lloraron y muchas mujeres hasta el cementerio.

¡Ay querida Conchita! ¡Quién había de creer que tu viaje último donde él sería la despedida eterna! Pobrecito hermano quién sabe si su último pensamiento sería para ti callándolo junto con su último suspiro! Su casita vacía ya, nos mortifica tanto, su jardín que tan verde está ahora todo eso nos martiriza pero a la vez nos parece que aun vive allí tantos años que difícilmente lo podremos olvidar. Madrina fue quien tuvo la fuerza moral de cerrarle sus ojos y ponerle la vela. Ella como tú sabes no está nada bien de salud. A pesar de la pena camina pero enferma. Muchas veces doy gracias a Dios que tengo estos dos hijitos que me alientan y sobreponen porque los veo tan desamparados que me dan dolor. Creo que se te mande los versos que pides.^{cc}

Recibe cariños de mis hijos, bendice a Jesús Je., Mamá estrechamente te abraza.

Amiga que te besa con el alma.

Ana Mercedes.

^{cc} Aparentemente, los poemas a que se refiere son los manuscritos que aquí se publican, menos “Mirándonos”, que iba en una postal y con caligrafía del poeta.

POEMAS MANUSCRITOS

POEMAS TRANSCRITOS

Mirádonos

Entre tus ojos de esmeraldas vivas
te miro el alma, de ilusiones llena,
como entre dos cisternas pensativas
se ve del cielo la extensión serena.

El colibrí de tu mirada riela
sobre el agua enturbiada de mis ojos,
y de tus célicas mejillas vuela
un crepúsculo rosa de sonrojos.

Hilo por hilo la ilusión devana
y urde sueños en fina filigrana
la araña de mi vaga fantasía.
Porque cuando me miras y te miro,
sale volando tu alma en un suspiro
y embriagada de amor cae en la mía.^{dd}

^{dd} Dirigido a: “Señorita Conchita Bruzual Serra, en sus manos”. Firmado: “C. Salmerón Acosta”. En *Fuente de amargura* aparece con el mismo título y sin variantes.

Añorando

Yo era feliz con mi vehemente anhelo
De ceñir un laurel con mis quereres,
Y me sentí poeta viendo al cielo
Tornarse triste en los atardeceres.

Un día sufrí un vago desconsuelo
Y busqué la alegría en los placeres;
Mas no lograron disipar mi duelo
Ni el vino, ni el azar, ni las mujeres.

Hoy que hasta la esperanza ya he perdido
Suspiro más por amoroso nido
Que por la vana gloria y el renombre,
Pues muy bien sé que de las penas crueles,
Alivian más el corazón del hombre
Las rosas del amor que los laureles.^{ee}

^{ee} En *Fuente de amargura* aparece con el título de “Rosas y laureles” y las siguientes variantes: “Yo era *muy* feliz con mi vehemente anhelo”, “De ceñir un laurel, *en* mis quereres”, “Hoy que hasta la esperanza *la* he perdido” y “Que por la *gloria vana* y el renombre”

Descontento

Nunca mi mente acarició el ensueño
De vivir solo, frente a un mar bravío
Sino en un campo en flor siempre risueño,
Viendo correr junto a mis pies el río.

Por más que en alegrarme yo me empeño,^{ff}
En presencia del mar vivo sombrío
Ya lejos de la dicha con que sueño
Como tú estás de mi dolor Dios mío.

Yo sufro ante el verdor de primavera
De la eterna visión de la ribera
De donde ayer por siempre hube partido,
La nostalgia del pájaro enjaulado
Que desde su prisión ve el ramo amado
Donde un día cantando formó el nido.^{gg}

^{ff} En el manuscrito aparece un error de copia, pues finaliza el verso con la palabra “empeñe”, que no rima con “sueño”.

^{gg} En *Fuente de amargura* aparece con el título de “Infortunio” y las siguientes variantes: “Viendo correr junto a mis pies *un* río” y “*Tan* lejos de la dicha con que sueño”.

Ausencia

¿Cómo era su rostro? Lo he olvidado
¿Cómo eran sus manos? No me acuerdo!
¡Lejos de ella tanto tiempo he estado
Que ya confusamente la recuerdo!

¿Cuándo fue que me vine de su lado?
¿Hace diez, quince años? No trascuerdo!
¡Tanto, Señor, de mí la has alejado,
Que la esperanza de encontrarla pierdo!

Yo me consolaría si pudiera
Verla tres horas, dos, una siquiera
Aunque en ese momento de ventura
Me cegase la luz de su mirada,
Pues, después que yo mire su hermosura
Poco me importa no poder ver nada.^{hh}

^{hh} Firmado “+C. M. S.” En *Fuente de amargura* aparece sin variantes, con el título de “Infeliz olvido”.

Mi nueva pena

Ya se secó la mata que abrió un día
La dalia que en el pecho te pusiste
La tarde aquella en que creer me hiciste
Que yo amor inspiraba todavía.

Me dio dolor mirar, amiga mía,
Cómo la planta desde que te fuiste
Se fue poniendo poco a poco triste
Hasta morir cuando otra flor abría.

Dentro del tiesto donde se ha secado
Esa planta, otra idéntica he sembrado,
Y a cada flor que abre la planta nueva,
Pienso en la flor que estuvo en tu corpiño
Cuando hiciste nacer este cariño
Que es una pena más que mi alma lleva.ⁱⁱ

ⁱⁱ En *Fuente de amargura* aparece con el mismo título y las siguientes variantes: “y a cada flor que *da* la planta nueva” y “pienso en la flor que *tuvo* en tu corpiño”.

Mirada fatal

Miróme ayer una mujer hermosa
Y su presencia me causó tortura,
Vi la herida más honda y dolorosa
Que he sufrido en mi vida de amargura.

Me ha entristecido tanto como aquella
Mortal tortura que sufrí al hallarme
Ayer tan repulsivo, ante la bella
Que a mi retiro vino a visitarme.

Todo ese día estuve arrepintiéndome
De haber dejado verme^{jj}
De la hermosura aquella, y prometiéndome
Por siempre de sus ojos esconderme.

Y hoy tengo el corazón más dolorido
De vivir vanamente deseando
Sufrir de nuevo la mortal tortura
De ser visto otra vez por la hermosura
Que con mirarme ayer me dejó herido
Y con no mirarme hoy, me está matando.^{kk}

^{jj} Este verso no está incluido en la versión de *Fuente de amargura*.

^{kk} Usamos el título que aparece en *Fuente de amargura*, pues el manuscrito no lleva.

Dulce milagro

Llega Jesús y junto al mar murmura
Jairo, y dice: Señor mi hija adorada
Está expirando, pon tu mano pura
Sobre su cuerpo y [me] será salvada.^{ll}

El Maestro a salvar a la hermosura
Se encamina, en mitad de la jornada
Una enferma rozó su vestidura
Y de repente se sintió curada!

Jesús halla la niña ya sin vida
Mas dice no está muerta, está dormida
Y al tocar con sus manos a la muerta
La gélida hermosura adolescente
Entreabriendo los ojos dulcemente
Como de un simple sueño se despierta.^{mmm}

^{ll} Se incluye la variante de *Fuente de amargura* para completar el endecasílabo.

^{mmm} Usamos el título que aparece en *Fuente de amargura*, pues el manuscrito no lleva.

Ofrenda solar

Jesús de Nazareth cena una santa
Tarde en Betania en donde ha tiempo habita
Lázaro, sirve Marta la hermanita
Mayor, y en el hogar la dicha canta.

María Magdalena unge la planta
Del Justo que los muertos resucita,
Y una fragancia dulce y exquisita
Llena la casa que la tarde encanta.

Después para limpiar con la melena
Los pies de Dios, María inclina el busto,
En la tierra posadas las rodillas,
Y el cabello de sol de Magdalena
Finge al caer ante los pies del Justo
Una ofrenda de rosas amarillas.^{nm}

^{nm} Usamos el título que aparece en *Fuente de amargura*, pues el manuscrito no lleva. Hay una nota a pie de página: “Ésta no tiene título ni está corregida”

Agradecimientos

Este libro es también una sucesión de agradecimientos. A Amanda, nuevamente, por haber conservado las cartas con devoción, por haber sido, para Conchita, apoyo filial. A mis hermanas y mi padre, por sus lecturas que aportaron recuerdos y comentarios. A Rubén Meléndez y Aura Bastidas, quienes siguieron y apoyaron el proceso de producción del libro, con una amistad de las que siembran. A Julio Sánchez, por su ayuda en el análisis y la transcripción de los manuscritos. A A Jazmín Jaimes y Almidis María González, por sus gestiones. A la gente de Manicuaré y, en especial, a Julio Hernández, custodios de una memoria viva del poeta. Al CNE, que eligió con certeza a Salmerón Acosta para homenajearlo, haciendo posible la realización final de esta edición. Al amor que circunda el diseño, a la pasión que reafirma las fotos. A Laura Alejandra quien heredará esta historia también propia. Y, en particular, a Conchita, la Cordera, nuestra Chichita, donde esté junto a él, su Cruz, para siempre.

A. B.

Índice

Presentación

Desde la otra orilla

Cartas manuscritas

Cartas transcritas

Poemas manuscritos

Mirádonos

Añorando

Descontento

Ausencia

Mi nueva pena

Mirada fatal

Dulce milagro

Poemas transcritos

Mirádonos

Añorando

Descontento

Ausencia

Mi nueva pena

Mirada fatal

Dulce milagro

Ofrenda solar

Agradecimientos

Notas

Alejandro Bruzual

Doctor en Literaturas Latinoamericanas de la Universidad de Pittsburgh, institución donde también obtuvo su Maestría en Artes y un Certificado Doctoral en Estudios Cinematográficos. Es, además, egresado de la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela, y obtuvo el diploma de Profesor Ejecutivo de Guitarra Clásica bajo la guía del maestro Leopoldo Igarza. Sus intereses literarios se centran en el estudio de las vanguardias históricas. En la música ha trabajado la historia de la guitarra latinoamericana, publicando ocho libros sobre el tema, dirigiendo, además, la *Colección de Compositores Venezolanos para Guitarra*, que incluye más de doscientas obras para el instrumento (Caracas: Fundación Vicente Emilio Sojo). Ha recibido en cinco oportunidades el *Premio Municipal de Música de Caracas*, por sus trabajos biográficos. En el año 2005, ganó el primer Concurso de Ensayo de la Cinemateca Nacional con su libro *El rostro de Prometeo resistente. Imagen en la filmografía sobre el Che Guevara*, publicado por la misma institución, dos años más tarde. Ha publicado cuatro libros de poesía, tiene otro en proceso de edición y tres, inéditos.

Notas

- ¹ Pérez, Ana Mercedes. “Un amor azul envuelto en sombras”. 7º Día. 8-9. *El Nacional*, s. f. (c.1980).
- ² En general, todas las ediciones que se han hecho hasta ahora, con algunas pocas correcciones y ligeramente ampliadas con algunos poemas aparecidos con posterioridad, han seguido la primera, de 1952, *Fuente de amargura*, bajo el cuidado de Dionisio López Orihuela, y publicada por la Línea Aeropostal de Venezuela. Usamos aquí la segunda edición de ésta, Caracas: Colección Cultural de la Cámara de Diputados, 1967.
- ³ López Orihuela. “Poeta, héroe y santo”. *Fuente de amargura* 16.
- ⁴ Larrazábal Henríquez, Osvaldo. *Azul de Manicure*. Caracas: UCV, 1971.
- ⁵ En Larrazábal Henríquez, op. cit. Testimonio de Felipe Santiago Rivero. 105.
- ⁶ Araya. Dir. Margot Benacerraf. Caracas: Fundación Cinemateca Nacional de Venezuela, 1995. Filmada entre 1957 y 1958, fue estrenada un año más tarde en el festival de Cannes, ganando los premios de los jurados de la Comisión Superior Técnica y de la Federación Internacional de Crítica Cinematográfica, en 1959. La fotografía fue de Giuseppe Nisoli y el texto lo escribió Benacerraf junto al poeta francés Pierre Seghers.
- ⁷ Carrera, Gustavo Luis. “En homenaje”. 9-18. En Cruz Salmerón Acosta. *Vida somera. Cantos al mar, al amor y a la muerte*. Caracas: Monte Ávila, 1993.
- ⁸ López Orihuela, op. cit. 11.
- ⁹ Paz Castillo, Fernando. *El Nacional*, 13.1.1968. Citamos la transcripción de este artículo en “Homenaje a Cruz María Salmerón Acosta”. 231-235. *Anuario 5* del Instituto de Investigaciones Literarias de la UCV, Caracas, 1992. Esta revista recoge no sólo notas hemerográficas sobre el poeta, incluidas ya en la edición original de *Fuente de amargura*, sino que se convocó a otros críticos para que escribieran nuevos ensayos para esta publicación que celebraba el centenario de su nacimiento.
- ¹⁰ López Orihuela, op. cit. 11.
- ¹¹ Mural realizado en Manicure, por el Centro Cultural Cruz Salmerón Acosta, y “rescatado por Gollo e Israel”.
- ¹² Núñez, Enrique Bernardo. *Novelas y ensayos*. O. Larrazábal Henríquez, ed. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1987. 22.
- ¹³ López Orihuela, op. cit. 21.
- ¹⁴ Larrazábal Henríquez, op. cit. 148.
- ¹⁵ Castro, José Antonio. “Vía para la trascendencia, el poema”. En “Homenaje a Cruz María Salmerón Acosta”. *Anuario 5* del Instituto de Investigaciones Literarias de la UCV, Caracas, 1992. 63.
- ¹⁶ López Orihuela, op. cit. 7.
- ¹⁷ Castro, op. cit. 61.
- ¹⁸ Barthes, Roland. *Fragmentos de un discurso amoroso*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2006. 3ra reimp. E. Molina, trad. 52.
- ¹⁹ Navarro, Armando. “Algunas líneas para Salmerón Acosta”. En “Homenaje a Cruz María Salmerón Acosta”. *Anuario 5* del Instituto de Investigaciones Literarias de la UCV, Caracas, 1992. 39.
- ²⁰ López Orihuela, op. cit. 7.
- ²¹ Barthes, op. cit. 60. Destacado en el original.
- ²² Primera, Alí. “La canción de Salmerón”.
- ²³ En Larrazábal Henríquez, op. cit. 59-60.
- ²⁴ Ibid 145.
- ²⁵ Castro, op. cit. 63.

De una orilla a otra del amor del que aquí se habla, con la ayuda de diversos viajeros que hicieron posible el encuentro, este libro se terminó de imprimir en los talleres de Intenso, durante el mes de noviembre del año 2009, en Caracas. En su composición se utilizaron las fuentes XXXXXX, y el papel utilizado es XXXX. La edición consta de 1.000 ejemplares.